



*Dedicado a todos los refugiados de las guerras
pasadas, presentes y (ojalá no) futuras.*

Darío Pozo

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo I

Llamarada, vistiendo aún su traje de vuelo naranja, entró en el turboascensor que la llevaría a la cubierta en la que se encontraba el camarote de la capitana. En ese preciso instante sería capaz de matar por una ducha y una buena siesta, pero la convocatoria - que incluía también a los otros cuatro oficiales con mando en el escuadrón - decía URGENTE. *Como de costumbre*, pensó Llamarada, *cuando se trata de la señora capitana*. La joven comandante suspiró con resignación cuando el turboascensor llegó a su destino y se detuvo. Al abrirse la puerta vio que sus compañeros estaban esperándola en el pasillo. También a ellos se les veía cansados, e igualmente fastidiados por tener que asistir a una reunión cuando acababan de regresar de sus respectivas misiones.

- A ver qué hemos roto esta vez - bromeó Llamarada cuando llegó junto al resto de pilotos.

- Quieres decir además de mi caza...- dijo Torpedo, el oficial táctico del escuadrón.

- ¿Tu caza?- preguntó Llamarada poniendo cara de sorpresa. - Ah, no, eso sí que no. Técnicamente toda la culpa es tuya por no cederle el paso a un misil, como era tu obligación, así que pienso decir que te pasen la cuenta a ti.- Los cuatro hombres se echaron a reír. Al cesar las carcajadas todos parecían sentirse mejor. Sobresaliendo por encima del grupo debido a su elevada estatura, Alce le guiñó un ojo a Llamarada. Ella le devolvió una sonrisa llena de complicidad. La relación que ambos mantenían duraba ya casi dos años, como casi todo el mundo sabía. Después de todo, y por más discreto que fuese uno, resultaba prácticamente imposible mantener algo así en secreto a bordo de una nave espacial. Tarde o temprano hasta el último mecánico estaba enterado. Daba igual. A Llamarada no le molestaban ni los chismorreos ni los comentarios maliciosos cada vez que les veían entrar juntos en el camarote de ella. A esas alturas no le importaba gran cosa lo que nadie pudiera pensar de ella con la excepción de los allí presentes y muy pocas personas más.

Seguramente entraba dentro de lo normal que, después de llevar tanto tiempo con ellos, Llamarada hubiese llegado a sentir una intensa amistad por Víbora, Ibero y Torpedo - sin mencionar a Alce, que era mucho, mucho más que un amigo para ella -. No podía ser de otra forma tras haberse enfrentado juntos a la muerte una y otra vez y haber compartido todo lo que eso conlleva: la alegría y el alivio salvajes tras cada victoria, la impotencia y la desesperación tras cada derrota, las lágrimas vertidas por los amigos caídos o las risas que, como ahora, surgían de forma espontánea para hacer soportable la tensión, el miedo o la fatiga... Sí, inevitablemente todo eso había creado vínculos muy fuertes entre ellos, y el hecho de tener a seres tan valiosos bajo su mando suponía para ella un privilegio incomparable. Llamarada había comenzado su

carrera como simple oficial de vuelo, pero a base de trabajo, valor y sacrificio había ido ascendiendo y escalando posiciones hasta encontrarse hoy al mando de su propia unidad, el escuadrón Cabeza de Lobo del Mando de Cazas de la Nueva República. Comandante de escuadrón, qué bien sonaba. Tanto que ya no ambicionaba llegar a más. ¿Para qué, si ya tenía todo cuanto quería? La emoción incomparable de pilotar una nave de caza, combatir cada día al Imperio y a sus cómplices, sabiendo que con cada misión cumplida con éxito la galaxia se convertía en un lugar un poco mejor para todos. Vivir junto a sus pilotos, a los que respetaba y admiraba tanto como ellos a ella, disfrutando de su amistad y camaradería, sintiéndose siempre como en familia, siempre en casa. Aquí y ahora Lllamarada se sentía completa. No había ningún otro sitio al que quisiera ir, ninguna otra cosa que quisiera hacer ni nadie más con quien quisiera estar, por mucho que hubiera días malos – o muy malos – en los que sería capaz de negarlo todo. Adoraba aquella forma de vida aunque también incluyera el tener que salir corriendo cada vez que la capitana convocaba una reunión, como ahora, y encontrarse quizá con que en lugar de ir a descansar tenía que volar otra vez. O que redactar otro informe.

Lo cierto era que a Lllamarada le encantaba ser la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo.

Se hubiera echado a reír si alguien le hubiera dicho que iba a dejar de serlo en los próximos treinta minutos.

Un soldado naval les franqueó el acceso al camarote de la capitana, cerrando la puerta en cuanto entraron. La capitán de navío Talina Gen'yaa, capitana del portanaves de combate *Guarida del Lobo*, esperaba de pie en el centro de la sala, entre su despacho y la mesa de conferencias donde varios oficiales de su tripulación se encontraban ya sentados. Gen'yaa entrecerró sus ojos grises, adoptando una expresión que sus subordinados habían aprendido a interpretar como de extremo enfado. Todos ellos consideraban altamente recomendable no permanecer en la misma habitación que la capitana cuando esa expresión estaba pintada en su cara. Lllamarada se sintió molesta al comprobar que ella misma tampoco era inmune al efecto de esa mirada. Era consciente de que si intentaba mantenérsela, sería ella como siempre la primera en apartar la vista, a pesar de que no se le ocurría ninguna razón racional - aparte del hecho de ser inferior en graduación - para que tuviera que ser así. En lugar de eso, Lllamarada permaneció en posición de firmes mirando al frente, en una pose lo suficientemente marcial como para complacer al más exigente de los almirantes. No le hacía ninguna falta mirar a su alrededor para tener la seguridad de que Lince y los demás hacían lo propio, a la espera de que la capitana se dignara decirles de qué iba todo aquello. Tampoco necesitaba tener los poderes de un *jedi* para presentir que no estaban allí para ser elogiados ni para recibir buenas noticias.

Lllamarada se dio cuenta de que Gen'yaa tenía más aspecto de bothan que nunca. En los últimos meses había dejado que sus cejas crecieran libremente, y ahora se extendían sobre sus sienes hasta fundirse con su abundante cabello rubio pálido. Este cambio, obviamente deliberado, hacía más difícil confundirla con una humana. Actualmente se consideraba que las especies humana y bothan eran genéticamente incompatibles, pero esto no siempre había sido así. Eso al menos era lo que Víbora, segundo en el mando del escuadrón, le había contado a Lllamarada poco después de que ambos se encontraran por primera vez con la capitana. Al parecer hubo un tiempo,

cuarenta años atrás - más o menos la edad que le atribuían a Gen'yaa -, en que las familias bothan de clase alta pagaban generosamente los servicios de los mejores genetistas del Imperio para hacer tal combinación posible. Unos cuantos genes humanos insertados correctamente en la estructura celular de un embrión podían conseguir, entre otras cosas, que el recién nacido fuera mucho menos velludo, sus orejas y sus colmillos menos puntiagudos, su mandíbula menos prominente y su estatura un poco mayor. El proceso era extremadamente complicado y potencialmente fatal para el no nato, ya que a menudo generaba malformaciones incompatibles con la vida, pero fueron muchos los que decidieron correr el riesgo y pagar las exorbitantes tarifas de los genetistas. La razón era que bajo la política intensamente xenófoba del recién autoproclamado Emperador Palpatine, parecer humanos era el único modo en el que los bothan podían aspirar a los niveles de poder y privilegio a los que habían estado acostumbrados durante generaciones. Paradójicamente esto fue también lo que, décadas más tarde, permitió a algunos de aquellos bothan modificados encontrarse en posiciones desde las que espiar e incluso traicionar a Palpatine - a menudo a costa de sus vidas -, y participar activamente en los eventos que condujeron a su destrucción. Hoy en día las cosas habían cambiado drásticamente en Bothawui y sus colonias, y parecer un bothan de pura raza era una buena cosa para aquellos individuos que pretendieran escalar hasta lo más alto de la política o de la milicia. A Lllamarada se le ocurrió que el oficial de inteligencia de la nave, el teniente de navío Mesch Dey'jeaa, con su corta estatura, su vello negro y su larga melena, su nariz chata y sus afiladas orejas, rasgos todos ellos característicos de los bothan, debía ser sin duda para Gen'yaa un constante recordatorio de esa realidad social. Lllamarada casi – sólo casi - se apiadó de ella. No debía ser fácil para la capitana tener que vivir con la preocupación de no parecer quizá lo suficientemente bothan como para ser tenida en cuenta por los suyos.

Con un gesto leve pero imperativo, Gen'yaa les indicó que tomaran asiento alrededor de la mesa de conferencias, mientras ella contemplaba aparentemente ausente el foco del holoproector situado justo en el centro. Cuando ella misma se hubo sentado, la capitana pulsó una tecla en el discreto panel colocado en la mesa frente a ella. Las luces se hicieron más tenues y el holoproector cobró vida, mostrando la imagen congelada de una lanzadera y de las estrellas que la rodeaban. Un icono rojo y azul flotaba en uno de los lados por debajo de la escena. A la izquierda de Lllamarada, Ibero, que era el oficial de inteligencia del escuadrón, murmuró “concédanos diez minutos y le daremos la galaxia”.

- Esto que van a ver fue retransmitido por Coronet City Holocast News hace poco más de media hora - explicó Gen'yaa. - Para aquellos de ustedes que no lo hayan visto nunca, se trata de la cadena de noticias más popular entre los medios corelianos.- Lllamarada se dio cuenta de que el comentario de Ibero se debía a que había reconocido el logotipo de la cadena. *Quizá debería ver un poco más de holovisión.* Gen'yaa continuó. - No les quepa duda de que, en estos momentos, los servicios de noticias imperiales se estarán encargando de darle a esto la máxima difusión, sin mencionar lo que los seibergios harán con ello.- La capitana guardó silencio durante unos instantes para que la trascendencia de lo acababa de decir tuviera tiempo de calar en las mentes de los asistentes a la reunión, incluso antes de que tuvieran ocasión de ver por sí mismos el holodocumento. La Nueva República dependía casi por completo de

la imagen de justicia y benévola democracia que Mon Mothma y el resto del Consejo Provisional estaban intentando crear. Esa era la única forma en que podrían seguir atrayendo a su causa a nuevos sistemas planetarios, convenciendo a sus representantes para que le volvieran la espalda al Imperio. Los ataques contra esa imagen eran constantes en los medios de comunicación imperiales, e incluso en sectores no alineados como era el caso de Corellia. Las cosas ya eran bastante malas cuando esos ataques estaban basados en mentiras, tan elaboradas a veces que obligaban al personal de la Nueva República a trabajar muy duro para poder demostrar su falsedad, y hacerlo con la rapidez suficiente como para evitar que incidieran negativamente en las negociaciones abiertas con otros gobiernos u organizaciones neutrales. Si se revelase alguna vez que una de esas campañas de difamación se sostenía sobre un hecho real, los resultados podrían ser desastrosos, quizá irreversibles. Llamarada experimentó una sensación de ansiedad ante lo que estaban a punto de ver, sin poder dejar de preguntarse qué podría tener que ver con ella o con el escuadrón. De pronto ya no se sentía molesta por haber sido convocada a esta reunión, sino profundamente preocupada.

- Hace apenas diez minutos,- dijo Gen'yaa, - que el almirante Ackbar me envió esta grabación, junto a la orden expresa de ponerme de nuevo en contacto con él cuando la hubiera visto e iniciado una investigación.- El énfasis que la capitana puso al pronunciar el nombre del almirante Ackbar no pasó desapercibido entre su reducida audiencia. Si el jefe supremo de la flota en persona establecía una comunicación directa con un capitán de nave, el asunto tenía que ser de la mayor importancia. Teniendo ese factor en cuenta, la palabra investigación, que la capitán de navío Gen'yaa casi había escupido, se volvía incluso más seria y ominosa.

- Una invest- ...?- empezó a decir Llamarada. Sabía que no era demasiado prudente hacerle ninguna pregunta a la capitana antes de que la bothan terminara de hablar, pero algo en su tono, en su actitud - más severa incluso de lo que era normal en ella -, o los malditos cinco grados de menos que siempre parecía haber en esa sala en relación con el resto de la nave, le habían impulsado a hablar sin pensar. La capitana le interrumpió con una mirada de irritación mientras ponía en marcha la reproducción del holodocumento.

- Aquí soy yo la que tiene preguntas que esperan respuesta, teniente coronel. Pero antes, espero que esta grabación le ilustre acerca de la clase de lío en el que usted y sus hombres pueden habernos metido a todos.

Llamarada dirigió una mirada de perplejidad a Víbora, sentado frente a ella al otro lado de la mesa, pero su segundo se limitó a encogerse ligeramente de hombros indicando que estaba tan desconcertado como ella.

- Estas imágenes nos han sido enviadas por nuestros enviados especiales cubriendo el conflicto en el sistema Seibergia,- empezó diciendo la voz de una locutora, - y muestran lo que un equipo de rescate coreliano se encontró en el área de la recientísima catástrofe.- Llamarada se mordió el labio inferior. *Esto va con nosotros*. El escuadrón Cabeza de Lobo, junto con otras unidades de cazabombarderos de la Nueva República, había estado operando en el cúmulo Viayak, y sobre todo en el sistema Seibergia, durante casi dos meses ya. Llamarada estudió las constelaciones que podían verse al fondo de la imagen buscando referencias, y enseguida las encontró. Sí, allí estaba Seibergia, el único planeta habitable del sistema al que daba nombre. Aquella

podría ser perfectamente la región del espacio local en la que se había desarrollado una de sus últimas misiones, no hacía ni veinticuatro horas. Lllamarada se puso en tensión al tiempo que un timbre de alarma se disparaba en su mente.

- Tal y como hemos estado informando durante las últimas semanas,- continuaba explicando la voz de la locutora, - la Alianza Rebelde continúa con su campaña de terror en el sistema Seibergia, bajo la excusa de estar protegiendo a la minoría balania de sus vecinos seibergios. Junto a Lllamarada, Alce dejó escapar un gruñido al escuchar aquello. Resultaba comprensible que los corelianos no estuviesen demasiado contentos por su pérdida de influencia en este sector, desde que el Imperio retirara sus últimas guarniciones en el cúmulo Viayak meses atrás, pero la versión que se empeñaban en ofrecer de lo que estaba pasando allí era asquerosa, por no decir algo peor. El hecho de que, un año después de Endor, siguieran llamándoles Rebeldes al igual que hacía el Imperio, era lo de menos. Lllamarada apretó su mano bajo la mesa simpatizándose con él. Estaba segura de que lo peor estaba aún por llegar. - Esta farsa ha quedado expuesta hoy, de forma definitiva e inapelable, cuando cazas rebeldes han atacado deliberadamente a aquellos a los que dicen defender. Avisamos a nuestros espectadores que las imágenes que vamos a mostrarles en los próximos minutos no son en absoluto agradables de ver.- *Vale, ahora sí que no se moverá nadie de delante del cubo visor*, pensó Lllamarada, olvidando por un instante que aquello había sido transmitido al menos un par de horas antes. La holocámara dejó de seguir de cerca a la lanzadera y la panorámica se fue expandiendo a medida que la nave se aproximaba a su objetivo y se detenía. La imagen se detuvo allí unos instantes antes de empezar a acercarse. Los restos ennegrecidos de lo que había sido una nave de carga flotaban más allá de la lanzadera coreliana. Algunos fragmentos de menor tamaño giraban alrededor del casco retorcido del carguero, alejándose lentamente a medida que se iban desprendiendo, seguramente a causa del efecto de las toberas de maniobra de la lanzadera, que se habían puesto en funcionamiento para igualar su velocidad y rotación con el pecio. La esclusa trasera de la nave de rescate se abrió y varias personas con trajes de vacío salieron al exterior. Todos ellos utilizaban unidades personales de propulsión que les permitían maniobrar entre los peligrosos restos. Brillantes luces anaranjadas señalaban la posición de cada uno de los miembros del equipo.

La imagen mostrada por el holoprojector fue sustituida por otra, mucho más cercana al destrozado casco. Seguramente había sido grabada por una cámara montada sobre el traje de vacío de uno de los corelianos. Algunos de los restos más pequeños empezaron a tomar forma, haciéndose reconocibles como fragmentos de cuerpos humanos, en diferentes estados de destrucción. Lllamarada tuvo que luchar para no mostrar su disgusto. ¿Qué otra cosa esperaban encontrar? Estaban en guerra, y en las guerras la gente moría. Aquellos cargueros - a Lllamarada ya no le cabía ninguna duda de que esa nave era una de las que iban en el convoy militar seibergio que habían interceptado ese mismo día - transportaban armas, y no armas cualquiera, sino minas espaciales. Sus pilotos no sólo habían ignorado las órdenes de bajar los escudos y detenerse para ser inspeccionados, sino que habían abierto fuego contra los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo. Qué infiernos, Torpedo, sentado ahora junto a Víbora, podía considerarse a sí mismo muy afortunado

por encontrarse allí. Si hubiera estado pilotando algo menos resistente que un ala-B ahora estarían llorando su pérdida.

Llamarada se olvidó de todo cuando vio algo que no debería estar ahí.

- Ésta era una nave civil, casualmente de fabricación coreliana, ocupada por ciudadanos seibergios de la etnia balania, muchos de ellos niños.- Dos manos enguantadas, pertenecientes al miembro del equipo de rescate que portaba la cámara, recuperaron con extremo cuidado un pequeño cuerpo atrapado entre dos fragmentos del casco. El cadáver podía ser reconocido como el de una niña de no más de cinco años, aunque la explosión de la nave, la descompresión y finalmente las horas de exposición al vacío y al frío absoluto habían destrozado por completo cualquier rastro de la belleza que seguramente había tenido. Llamarada escuchó un jadeo ahogado, y al mirar en esa dirección le pareció ver que Ibero había palidecido. El piloto era padre de una niña de sólo seis meses. Era fácil comprender cómo le afectaba aquello, y no sólo a él, sino a cualquier ser sensible que tuviera la ocasión de ver este holodocumento, y no necesariamente sólo a aquellos que tuvieran hijos pequeños.

La capitán de navío Gen'yaa detuvo la reproducción de la grabación y apagó el holoprojector. De pronto el espacio sobre la mesa parecía muy vacío. - Después de esto sólo va a peor,- explicó. - Por cierto, al final del reportaje se especula con la posibilidad de que el piloto de la nave, dada su procedencia, fuera también coreliano.- Nadie allí ignoraba el hecho de que el Diktat coreliano parecía estar buscando tan sólo una razón para involucrar a los mundos que gobernaba en el conflicto. Ésta podría ser esa razón. - El hecho es,- dijo Gen'yaa, - que si somos capaces de probar que los seibergios estaban transportando civiles en un convoy militar, y especialmente si se trataba de balanios, podemos encontrar la forma de volver esto contra ellos.- Algunos de los presentes asintieron con la cabeza. - En cualquier otro caso, estamos en apuros. Así que lo que me gustaría descartar es la posibilidad de que haya habido un carguero civil ahí fuera, uno que por azar o no, se encontrara en el peor sitio en el peor momento posible, y que uno de ustedes lo derribara.- Gen'yaa miró fijamente a los cinco pilotos, uno a uno, deteniéndose finalmente en Llamarada. Esta vez no había manera de evitar el contacto visual. - No necesito recordarles que sus órdenes eran inspeccionar cualquier posible objetivo con sus sensores antes de plantearse siquiera abrir fuego, ¿no es así?-

Llamarada sintió frío, mucho frío. A su derecha, Alce se puso rígido, su mente llegando a la misma repentina conclusión que ella. El tiempo pareció detenerse mientras todas las miradas se posaban sobre ellos dos. Gen'yaa insistió, su voz una octava más aguda a causa de la ira que empezaba a dominarla. - Hable, teniente coronel. ¿Podrían ustedes haber destruido una nave civil?

- Sí, capitán- respondió Llamarada lentamente, - puede que lo hiciéramos.



Capítulo II

Sdermila dejó caer la cuchara de madera con la que estaba catando su asado de kalashiri. La última explosión había sonado mucho más cerca que ninguna de las anteriores, hasta el punto de hacer temblar el cristal de la ventana de la cocina. Sobresaltada, la mujer maldijo entre dientes y recogió la cuchara del suelo con manos temblorosas. Sdermila tenía que admitir que estaba empezando a preocuparse. - No seas tonta, vieja chocha,- se dijo a sí misma en voz alta. - Lo que estás es asustada.

Sdermila, que a pesar de llamarse vieja a sí misma acababa de cumplir los sesenta, había adquirido la costumbre de hablar sola a raíz de que su marido, su querido Taigor, muriera hacía ya quince largos años. Fue en un accidente tan desgraciado como estúpido. Un insecto picó a su kala'ballo mientras Taigor estaba cosechando el grano y el animal se puso muy nervioso. Taigor intentó calmarlo, cometiendo el error fatal de acercársele desde atrás a pesar de las veces que él mismo le había dicho a los chicos que eso jamás se debe hacer. El asustado kala'ballo le coceó en mitad del pecho ante los ojos de Sdermila. Taigor y ella habían tenido por costumbre pasarse hablando casi todo el tiempo que estaban juntos. Charlaban de cualquier cosa, en todas partes, lo mismo mientras trabajaban en el campo que cuando se sentaban a comer, empezaban una conversación en el desayuno y podía ser que aún siguieran con ella por la noche, después de irse a la cama, donde la continuaban en susurros para no despertar a los niños. Cuando Taigor faltó, Sdermila fue incapaz de aguantar el silencio que siguió a su pérdida, y empezó a hablar en voz alta cuando se encontraba sola y nadie más podía oírla. Con el tiempo terminó convirtiéndose en un hábito, aunque Sdermila se cuidaba muy mucho de hacerlo si había alguien cerca, especialmente uno de sus hijos, no fuera a ser que la tomaran por loca. En los últimos años, desde que Lania y Jeiran se hicieron mayores y se fueron de casa, hablaba consigo misma casi continuamente. A veces, incluso, lo hacía como si Taigor estuviera allí respondiéndola, aunque Sdermila no se engañaba a sí misma ni por un momento. No, desde luego que no estaba loca, y sabía perfectamente que Taigor no estaba con ella - aunque siendo creyente como era, Sdermila tenía la esperanza de que sí que pudiera oírla desde alguna parte -. Lo único que sucedía era que no le gustaba nada sentirse sola. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La mujer miró por la ventana con aprensión, sin atreverse a abrirla, y dijo en voz alta lo que hasta ahora no había salido de su pensamiento. - Si no hubieras sido tan testaruda, estúpida orgullosa, ahora estarías con Jeiran, Voeda y los niños, visitando la tierra de tus antepasados. Pero no, claro que no, tú tenías que ser más fuerte y más valiente que nadie...

Hacía tres días, su hijo pequeño, Jeiran, había venido a pedirle que se fuera con él y con su familia. Voeda y él habían vendido su casa para poder

pagar el pasaje de todos ellos en una nave de carga que partiría del espaciopuerto de Nurtina en dos días. Sdermila, sin poder creer lo que estaba oyendo, le había preguntado de qué estaba tan asustado como para hacer semejante barbaridad, y Jeiran le había preguntado a su vez si no había visto las noticias acerca de lo que los seibergios estaban haciendo en las fronteras de la Región Balania.

- No, no he visto ni he oído nada - había mentido ella, y aún había añadido con fingido desprecio - ¿Qué pueden decir las noticias que importe algo aquí, en las aldeas del interior?

Entonces Jeiran se había puesto a relatarle las atrocidades que su gente estaba padeciendo a manos de los paramilitares seibergios hasta que Sdermila se negó a continuar escuchándole, aduciendo que en cualquier caso todo eso estaba pasando muy lejos de allí. Visiblemente desesperado ante la cerrazón de su madre, Jeiran le había respondido levantando la voz: - ¡Doscientos kilómetros es mucho si tienes que recorrerlos andando, o a lomos de esa vieja bestia que usas todavía para trabajar la tierra, pero apenas es un paseo para un bombardero o para un tanque repulsor! - Continuó explicándole que lo último que había oído antes de salir de casa era que el gobierno - que por supuesto no tenía a un sólo balanio entre sus miembros - estaba enviando tropas regulares a la Región Balania. Se suponía que los mandaban para actuar como mediadores y acabar con los incidentes - al parecer así llamaba el presidente Somolovich a los asesinatos y a las violaciones -, pero todo el mundo sabía que su verdadera misión era apoyar a los paramilitares y terminar lo que ellos habían empezado. En las poblaciones más cercanas a las fronteras, y también en algunas más al interior, los soldados estaban echando a los balanios de sus casas y después las quemaban. A los que se resistían los mataban a plena luz del día, delante de sus familias.

- Eso no va a pasar aquí - había insistido Sdermila. - Siempre hemos vivido en paz con nuestros vecinos seibergios. ¿Puedes imaginarte acaso a los Kilovich, a los Sirilenki o a los Torsken prendiéndole fuego a nuestra casa? ¡Por favor, Jeiran! ¡Tu hermano Lania y tú habéis jugado con sus hijos!- La expresión de Jeiran se endureció antes de responder con amargura. - Sí, jugamos con ellos, mamá, pero luego crecimos. ¿Ya se te ha olvidado por qué se fue Lania? A pesar de haberse graduado con uno de los números más altos de su promoción en la Universidad Técnica, las empresas seibergias no querían contratar a un ingeniero balanio. ¡Se tuvo que ir del planeta para encontrar un trabajo digno de él, mamá! ¡Un trabajo que aquí nunca tendría sin llamarse Kilovich, Sirilenki o Torsken, por ejemplo!

Estupefacta, Sdermila no había podido contestar a eso. Lo que Jeiran había dicho era verdad y ambos lo sabían, pero hasta ese instante jamás le había oído pronunciar una sola palabra sobre ese tema. De algunas cosas es mejor no hablar para no remover viejas heridas, y ésa todavía dolía. Tras la muerte de Taigor las cosas no habían sido nada fáciles para la familia. Sdermila había tenido que ajustar mucho la economía doméstica y hacer más de un sacrificio para poder salir adelante. En lugar de comprar una cosechadora mecánica, como Taigor y ella habían planeado, decidió conservar aquel maldito kala'ballo - después de todo el animal no tenía la culpa del accidente que le había costado la vida a Taigor, aunque era imposible no acordarse de ello cada vez que lo sacaba del establo -, y emplear los ahorros en enviar a Lania, su hijo mayor, a una universidad de la capital de Seibergia.

¡El chico era tan prometedor! Lania demostró con creces que ni sus padres ni sus maestros en la escuela local se habían equivocado con él. Ingeniero Físico a los veintidós, especializado en campos magnéticos. Sdermila guardaba con orgullo el diploma oficial - un holograma de bella factura - que así lo atestiguaba, pero se le había roto el corazón al saber que las solicitudes de empleo de su hijo eran rechazadas una y otra vez... hasta que empezó a enviarlas fuera del planeta. Sdermila siempre se lamentaba de que se hubiera tenido que ir tan, tan lejos. Commenor estaba prácticamente en el Núcleo, a miles y miles de años luz de allí. Se tardaba semanas en recorrer esa distancia, y el coste del viaje era prohibitivo para ellos. A Lania se lo pagó la empresa que lo contrató. Desde que se marchó, Jeiran y ella apenas habían sabido nada él. Sdermila no culpaba a Lania por ello. Las conexiones vía Holonet eran terriblemente caras, y de todas formas el único sitio en toda la Región Balania con terminales públicos era la ciudad de Nurtina. El correo ordinario era mucho más asequible, pero Lania estaba obligado a viajar constantemente y seguramente estaba demasiado ocupado como para grabarle mensajes a su familia tan a menudo como a él sin duda le gustaría. Sdermila se alegraba de que su hijo fuera feliz, pero le echaba terriblemente de menos, y lo mismo le pasaba a Jeiran.

Jeiran jamás había mostrado el menor signo de envidia hacia su hermano mayor, y de hecho parecía entender perfectamente que no quedara dinero suficiente para costearle estudios superiores también a él cuando le llegó el turno. Ojalá hubieran podido permitirse. Sdermila estaba segura de que si Jeiran hubiera ido a la universidad habría obtenido tan buenos resultados como Lania. Sdermila intentó que le concedieran una beca del estado, pero sus solicitudes fueron ignoradas o devueltas sin contestación varios ciclos seguidos. No fue en absoluto inesperado, pues realmente muy pocos balanios obtenían una, pero a Sdermila le dolió igualmente. Jeiran, no obstante, ni se rindió ni se resignó a seguir trabajando en el campo junto a su madre. Compró libros y manuales de segunda mano y se formó por su cuenta a costa, sobre todo, de muchas noches sin dormir, y finalmente consiguió que lo aceptaran como operador mecánico en la nueva fábrica de fibroplástico que habían instalado a veinte kilómetros de casa. El muchacho tuvo que trabajar muy duro durante años, pero ahora era el primer ayudante del supervisor de la planta, el puesto más alto ocupado por un balanio. Hacía tiempo que a Sdermila le bastaba con trabajar tan sólo lo justo para su propia subsistencia, y si hubiera querido dejarlo Jeiran se habría encargado de que no le faltara de nada. Desde luego las cosas le iban muy bien, pero a pesar de su éxito laboral lo mejor - con mucho - para Sdermila era que Jeiran había fundado su propia familia. Su mujer, Voeda, una simpatiquísima joven que trabajaba como dependiente en un almacén de productos alimenticios, se había convertido en una nueva hija para Sdermila. En sus ratos libres se dedicaba a escribir. Decía que algún día publicaría una novela que sería un éxito a nivel galáctico, y que entonces sería ella la que los mantuviera a todos. Sdermila se reía mucho con ella, y aunque no creía ni por un momento en que los sueños de Voeda fueran a materializarse jamás, estaba encantada de pasarse largos ratos con ella y con Jeiran, contándole viejas historias y anécdotas que su hijo por supuesto ya conocía. Voeda no sólo no parecía aburrirse con ellas, sino que decía que Sdermila era su mayor fuente de inspiración, qué encanto. Cuando tuvieron a sus hijos, Drivan y la pequeña Mila, el dolor que sentía Sdermila por la pérdida

de su marido y la ausencia de su hijo mayor quedó relegado a un segundo lugar. Sus nietos eran vida nueva para ella.

No, Sdermila no estaba menos orgullosa de Jeiran que de Lania. En su fuero interno, lo que su hijo pequeño había conseguido en la vida era más grande aún que ninguna de las obras de ingeniería en las que su hijo mayor pudiera participar, y que ella después de todo nunca vería.

Pero Jeiran se había presentado allí a decirle que dejaba su trabajo y su casa, que tiraba a la basura todos sus años de esfuerzo, y lo peor de todo, que se llevaba a sus nietos lejos de ella, sólo porque Voeda y él estaban asustados por lo que veían en las noticias. Sdermila no podía ni quería entenderlo, pero tampoco había podido convencerle para que reconsiderara su decisión. El chico era tan testarudo como ella o quizá todavía más. Lo que Sdermila no estaba dispuesta era a contagiarse de su locura e irse con ellos, por mucho que le apenara verlos partir. Al menos, quedándose ella, tendrían un lugar al que regresar, su casa, cuando después de llegar a Balania se dieran cuenta de la solemne estupidez que habían cometido. Sdermila le dijo a Jeiran todo eso, y también que ella jamás abandonaría la tierra por la que su padre y ella habían trabajado tanto, y en la que él estaba ahora enterrado. Después de eso Jeiran se marchó sin mirar atrás y sin darle ocasión a Sdermila para despedirse de Voeda y de los niños, que se habían quedado esperándole en casa. Con lágrimas de pena y de rabia en los ojos, Sdermila se había prometido a sí misma que Jeiran tendría que suplicarle mucho para que ella le perdonara por eso.

Así pensaba Sdermila hasta ayer. Ahora se estaba empezando a preguntar si no sería ella la que estaba equivocada.

La mujer intentó concentrarse en su estofado, pero no era fácil hacerlo cuando el sonido de las cada vez menos distantes explosiones la sobresaltaba a cada instante.

- ¿Qué estará pasando por ahí? ¿Realmente son los seibergios que vienen?- No podía dejar de pensar en las cosas que había visto en el viejo holoreceptor de su vecinos de al lado, Redina y Dimeter, pero sobre todo en las palabras de Jeiran. Queriendo darse ánimos hablaba sin cesar consigo misma, más aún de lo que era su costumbre. - Cielos, Sdermila, ¿realmente te has vuelto tan fácil de asustar con los años? Si lo piensas bien, seguro que es otro estúpido que intenta abrir de nuevo la mina Kerevinia. ¿Quién será el paleta de ciudad que ha picado esta vez? Nunca salió nada de ahí y nunca lo hará. Esta tierra es buena para el grano y para las bestias, pero no hay ni un solo kilogramo de nada que merezca la pena debajo de ella. Si Taigor estuviera aquí estaría tirado por los suelos, doblado por las carcajadas... - Otra explosión, mucho más cerca esta vez, le hizo volver a perder la cuchara. Algo se había roto en la planta de arriba. Un jarrón o un cristal, seguramente, o quizá ambas cosas. Sdermila no se preocupó de recoger la cuchara ni de bajar el fuego. Limpiándose las manos en el delantal se dirigió a la puerta delantera y la abrió. Tenía que ver lo que estaba pasando con sus propios ojos.

La primera cosa que llamó su atención fue el humo. El tiempo era ya lo suficientemente frío como para tener todas las ventanas cerradas, y esa circunstancia había hecho que no lo oliera antes. Ahora también podía verlo, saliendo de varios sitios a la vez allá abajo, hacia el centro del pueblo y más allá. La columna más gruesa parecía venir del otro lado, más o menos donde estaba la granja de los Volodir, pero estaba claro que había más de un

incendio, y que por tanto que no se trataba de un accidente, sino que algo o alguien los estaba provocando. Uno de ellos, notó Sdermila con espanto, tenía que ser en la escuela primaria - la única que había en el pueblo -. - ¿Es que se han vuelto locos? ¡A estas horas tiene que haber niños allí! - De repente, un decrepito deslizador apareció zumbando por el empinado camino que venía del pueblo, pasó junto a su finca, y enseguida desapareció de su vista rumbo a las montañas. En condiciones normales, Sdermila se habría preguntado a dónde podían ir los ocupantes del vehículo con tanta prisa, pero ahora tenía muy claro que no iban a ninguna parte. Escapaban. Los vecinos de Sdermila habían salido también y, como ella, miraban hacia el camino del pueblo. Otros vehículos subían ya ladera arriba, incluyendo un par de cosechadoras, y a lo lejos se podía ver a gente que abandonaba el pueblo montada en kala'ballos o incluso a pie. Algunos de estos últimos no se conformaban con caminar, sino que parecían correr despavoridos. En la distancia podía escucharse el sonido de disparos de bláster.

- ¡Tenemos que irnos de aquí, Sdermila!- Le gritó su vecina Redina desde la puerta de su casa. La voz aguda de su amiga revelaba lo cerca que se encontraba de la histeria. Tras ella vio salir a Dimeter cargado con una aparatosa mochila. Más allá, un par de hombres habían sacado rifles y esperaban junto a sus casas, pero la mayoría de los vecinos de Sdermila habían decidido seguir el ejemplo de la gente del pueblo y se marchaban camino arriba en el medio de locomoción más rápido del que dispusieran, que en la mayor parte de los casos eran sus propias piernas. Sdermila se negaba a sucumbir al pánico a pesar de todo. Aunque vinieran los seibergios - ¿qué otra cosa podía ser? -, tenían que darse cuenta de que no eran más que campesinos y granjeros - *sí, Sdermila, pero entonces, ¿a qué vienen el fuego y los disparos?* - . No tenían por qué hacer daño a nadie si no se les molestaba - *¿los niños de la escuela molestaban, Sdermila?* - .

Sin saber muy bien qué hacer, se quedó donde estaba durante unos instantes, contemplando el panorama con preocupación creciente y al mismo tiempo negándose a creer que los temores de Jeiran se estuvieran convirtiendo en realidad. Estaba a punto de volver a entrar en casa cuando divisó dos vehículos militares aproximándose. Parecían tanques repulsores, aunque Sdermila no entendía gran cosa de artefactos de guerra. A medida que avanzaban por el camino la gente tenía que apartarse de su paso para no ser arrollados. No muy lejos de donde se encontraba Sdermila, un hombre gritó "¡Bastardos!" Sdermila lo conocía bien, como a todos sus vecinos. - Me pregunto que piensan hacer ese loco de Divanian y los demás con sus viejos e inservibles rifles contra esos tanques - murmuró Sdermila. Kaliga, la mujer de Divanian, intentaba en vano convencerle para que ambos escaparan como estaba haciendo casi todo el mundo. El hombre simplemente la ignoró y apuntó al vehículo más cercano. Kaliga vio a Sdermila y se quedó mirándola, como suplicándole que la ayudara.

- ¡Divanian - gritó Sdermila -, tira ese arma, hombre! Todo lo que vas a conseguir es que te detengan o algo peor! - Su vecino parecía no escucharla siquiera. - ¡Divanian - insistió -, Taigor siempre decía que eras idiota y ahora veo que tenía razón! - Esta vez su vecino giró la cabeza hacia ella echando chispas con la mirada, pero ni contestó ni bajó el cañón de su rifle ni se movió de delante de su puerta. - No puedo creer que seas tan tonto...- dijo Sdermila, empezando a alejarse de él y retrocediendo hacia el interior de su casa. Kaliga

se apartó también un par de pasos de su marido, pero obviamente no se atrevía a irse sin él ni tampoco a dejarle solo. Los seibergios estaban ya a menos de cien metros. Divanian les gritó que no siguieran acercándose.

Uno de los tanques abrió fuego.

La onda expansiva tiró a Sdermila al suelo. Fue como si una mano gigante, áspera y caliente, la hubiera golpeado en la cara. Cuando consiguió levantar la cabeza vio que la parte frontal de la casa de los Divanian había desaparecido, y en su lugar había tan sólo una pila de escombros. Pequeños fragmentos de ladrillo y cemento seguían cayendo del cielo sobre el lugar donde Kaliga y su marido habían estado un momento antes. No había ni rastro de ellos, pero Sdermila sabía que estaban muertos, literalmente desintegrados. Los dos tanques se habían detenido a cincuenta metros de allí, esperando a que un grupo de soldados que venían a pie los alcanzaran. A Sdermila le zumbaban los oídos y le sangraba un poco la nariz, pero aparte de eso no estaba herida. Olvidadas todas sus dudas, la mujer se levantó y fue a buscar su abrigo, aunque en ese momento estaba sudando, limpiándose la sangre de la nariz con un pañuelo que encontró en el bolsillo. - Piensa, Sdermila, piensa - dijo sin poder oírse apenas a sí misma. Sabía que no podía llevarse demasiadas cosas. Su viejo kala'ballo, el mismo que había matado a Taigor pero cuyo sacrificio no se había podido permitir - a pesar de que eso fue lo que le pidieron sus hijos en su momento -, no podía acarrear cargas demasiado pesadas, o incluso moderadas, si tenía que hacerlo por mucho tiempo. Ya no. Sdermila intentó decidir qué era lo más valioso o lo más necesario que podía llevarse con ella. A través de las ventanas rotas - sólo ahora se dio cuenta de que estaba pisando cristales - le llegaban gritos en seibergio y en básico. No tenía tiempo para decidirse.

Sdermila fue a la cocina, metió el asado - prácticamente terminado ya - en un contenedor de plástico y salió por la puerta de atrás, camino del establo.

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo III

El rostro de Talina Gen'yaa lucía la misma expresión de seriedad y rabia contenida que había mantenido desde el comienzo de la reunión. Sumida en sus pensamientos, observaba distraídamente el trabajo de la suboficial técnico que estaba programando un enlace multimodo entre el ordenador central del portanaves y los bancos de memoria del holoprojector de su mesa de reuniones. Cuando estuviera listo, tendrían acceso directo a toda la información almacenada en los ordenadores de a bordo de los cazas que habían participado en el incidente. Además de las grabaciones obtenidas por las cámaras de vuelo, si era necesario podrían comprobar también los registros generados por los diferentes instrumentos y sensores de cada uno de los cuatro aparatos - o al menos de tres de ellos, pues al parecer los daños en el ala-B del capitán Steinberg podrían hacer imposible sacar nada de él -. Gen'yaa esperaba encontrar algo entre todos esos datos que pudiera explicar qué había pasado exactamente, y estaba decidida a no permitir que nadie saliera de allí hasta que ella tuviera las respuestas que quería. Tenía que saber hasta qué punto sus pilotos eran responsables de haber provocado un siniestro de consecuencias inimaginables. Hasta ahora lo único que tenía claro era que al menos uno de ellos había ignorado - con o sin razón, eso era lo que estaba por determinar - las instrucciones que *todos* habían recibido, y había abierto fuego contra una nave civil de transporte. Gen'yaa no se sentía nada optimista.

La bothan consideró mentalmente algunos de los posibles escenarios que podrían darse a continuación en función de lo que encontrara o dejara de encontrar, intentando decidir qué era lo peor que podía pasar. Como la mayoría de los miembros de su especie, Talina Gen'yaa había sido educada para no descuidarse nunca y prepararse de antemano para cualquier situación, analizando en ella tanto los posibles beneficios y ventajas a obtener como los modos de reducir pérdidas si las cosas salían mal. En el caso que le ocupaba lo más probable era que cualquier táctica de minimización de daños pasara por la destrucción de las carreras de algunos de los allí presentes, con el fin de liberar a la Nueva República - y a sí misma - de cualquier responsabilidad por la muerte de seres inocentes. Gen'yaa lo haría con alegría si no encontraba mejor opción que ésta, pero su sentido común y su experiencia le decían que nada de lo que hiciera podría evitar que este suceso tuviera repercusiones, *serias* repercusiones, tanto en lo político como en lo militar, pudiendo llegar a afectar el curso de la guerra entre el Imperio y la Nueva República.

Para entender lo que estaba en juego era preciso haber estudiado la complicada y convulsa historia de esta región del espacio, especialmente agitada en una galaxia en la que los conflictos eran de por sí constantes. Gen'yaa había leído todo lo que había podido encontrar sobre el cúmulo Viayak antes incluso de que al *Guarida del Lobo* se le ordenara tomar parte en el

bloqueo del sistema Seibergia. Habría dado la mitad de sus condecoraciones con tal de no haber tenido que formar parte del operativo de la Nueva República aquí. Desde el primer momento había estado convencida de que había muy poco que ganar y sin duda mucho que perder en esta situación, y ahora las circunstancias parecían darle la razón.

Los comienzos de la crisis que los había traído a este sistema se remontaban a casi dos mil años estándar atrás, cuando Balania, por aquel entonces una de las principales potencias en todo el cúmulo Viayak, intentó anexionarse el cercano sistema Seibergia por la fuerza de las armas y fracasó. Cuando los militares balanios comprendieron que habían subestimado fatalmente la resistencia que iban a presentar los y el decidido apoyo que iban a recibir por parte de la República - especialmente por parte de Corellia -, no tuvieron más remedio que abortar sus planes y retirar rápidamente a sus tropas del sistema.

Pero no pudieron sacar a todas. El primer contingente de la fuerza de invasión enviada para ocupar el planeta, compuesto por varios miles de hombres y mujeres pertenecientes en su mayoría a cuerpos de élite, había sido desplegado ya en territorio seibergio y no había forma de recuperarlos. Si aquellos soldados hubieran alcanzado sus objetivos tan rápida y limpiamente como se había previsto - haciéndose con el control de la capital y de las principales infraestructuras de comunicaciones -, Balania podría haber confiado en que la República aceptaría los hechos consumados para evitar involucrarse en un conflicto mayor, pero la jugada les salió mal. Ahora, tras su fracaso militar y político, y con el fin de ahorrarse el pago de una astronómica indemnización a Seibergia, el gobierno balanio intentó salvar la cara lo mejor que pudo. Sus representantes en el Senado Galáctico argumentaron que el general que mandaba las tropas que habían desembarcado en Seibergia se había amotinado, y que la operación se había llevado a cabo sin el conocimiento de sus superiores ni del gobierno. Dijeron también que la flota balania que había invadido posteriormente el espacio seibergio - y que lo había abandonado ya a toda prisa - había sido enviada con el único objetivo de capturar o neutralizar a los insurrectos, y que se había retirado inmediatamente al comprobar que la situación estaba ya controlada. Juraron que Balania jamás había pretendido invadir Seibergia, y pidieron disculpas por no haber podido anticiparse a los planes del díscolo general - supuestamente muerto durante el intento -. La mayor parte de los miembros del Senado no se creyeron aquello ni por un instante, pero no obstante decidieron aceptar la versión balania de los hechos con el único fin de no prolongar el conflicto.

Aquella declaración debería haber sido el final de una corta guerra, pero lo cierto era que el sonido de los láser y de las granadas se escuchaba aún en Seibergia. Los soldados balanios, traicionados y abandonados a su suerte, estaban muy bien entrenados y se encontraban lo suficientemente bien equipados como para defenderse y mantener sus posiciones, al menos durante un tiempo, en la pequeña extensión de terreno agreste y montañoso en la que habían establecido sus bases provisionales. Después de varios sangrientos pero fútiles intentos de acabar con ellos, los seibergios les propusieron una negociación. El subsecuente tratado, firmado ante la indiferencia de Balania pero con las bendiciones de la República, autorizó a los supervivientes de la fuerza expedicionaria balania a quedarse si así lo deseaban, manteniendo una cierta autonomía en la región que habían capturado. A cambio debían cesar

definitivamente las hostilidades, pues en caso contrario la propia República intervendría para someterlos. Los soldados balanios sabían que no tenían la menor oportunidad de ser evacuados y volver a Balania, y también que en aquel terreno escarpado, carente de recursos y completamente aislado, sus esperanzas de sobrevivir sin ayuda exterior serían prácticamente inexistentes. Pero teniendo una muerte segura - por muy caras que vendieran sus vidas- como única alternativa, comprendieron que aquel acuerdo era lo mejor a lo que podían aspirar.

Tuvieron que luchar muy duro para salir adelante, pero lo cierto fue que se adaptaron rápidamente a su nueva realidad. Transformaron sus armas en instrumentos adecuados para la agricultura y el pastoreo, y con el tiempo tuvieron hijos que no conocerían la guerra. Las tierras que con tanto esfuerzo adaptaron y cultivaron recibieron el nombre de Región Balania, que ellos pronunciaban con tanto orgullo como los seibergios lo hacían con desprecio. Tras muchas generaciones, los seibergio-balanios - así eran conocidos en la República - empezaron a recuperar cierto contacto con el mundo de sus antepasados, pero para entonces las cosas habían cambiado mucho en el cúmulo Viayak. Tras sellar el pacto con los supervivientes balanios, Seibergia no había desperdiciado la oportunidad que le brindaban sus ahora excelentes relaciones con la República y el firme apoyo prestado por los mundos corelianos. Estos últimos habían encontrado en Seibergia un excelente mercado para sus productos, especialmente naves espaciales de todo tipo y maquinaria pesada, que los seibergios podían comprar gracias a los generosos créditos prestados por la República. El planeta comenzó a prosperar rápidamente hasta llegar a ser uno de los más influyentes del sector, mientras que Balania, por otro lado, inició una lenta pero inexorable decadencia que le llevó a perder el control de sus colonias una detrás de otra, y a convertirse en un mundo de tercera fila en apenas un milenio. Los descendientes de los antiguos invasores ya no les daban ningún miedo a los seibergios, que no obstante no dejaron nunca de despreciarlos. Los habitantes de la Región Balania terminaron trabajando para los seibergios y comerciando con ellos, pero siempre desde el sometimiento y la explotación. Ellos lo soportaban todo porque no tenían ningún otro sitio a donde ir.

Con la caída de la República y el devenir del Imperio Seibergia alcanzó su máximo esplendor, pues no en vano había sido uno de los primeros mundos en apoyar abiertamente al senador Palpatine cuando éste se hizo con el poder. Durante décadas, Seibergia fue centro político y administrativo de todos los planetas y colonias habitados del cúmulo Viayak. El entonces joven presidente seibergio, Doinos Somolovich, se encontró con el nombramiento de Moff Imperial del sector, lo que le liberó de la molesta obligación de convocar nuevas elecciones y le permitió mantenerse en su puesto mucho más allá de lo que legalmente le habría correspondido. Inesperadamente, la minoría balania encontró en el Imperio una protección con la que nunca habían contado hasta entonces, ya que Palpatine no toleraba ningún tipo de abuso contra poblaciones humanas - si los seibergio-balanios hubieran pertenecido a una especie no humana, los seibergios hubieran podido exterminarlos de quererlos así sin que el Imperio hubiera movido un solo soldado de asalto -. No obstante, y aunque las universidades y la sanidad estatales se abrieron en teoría - que no siempre en la práctica - para ellos, los balanios no dejaron de ser en ningún

momento ciudadanos de tercera, socialmente excluidos y rechazados siempre que, por una razón u otra, se veían obligados a alejarse de sus montañas.

Así estuvieron las cosas hasta hacía pocos meses.

Tras la derrota del Imperio en el planeta Ibeyra, liberado con la ayuda de la flota de la Nueva República, y su forzada retirada de los sistemas adyacentes, Seibergia había visto como, una a una, las guarniciones imperiales en el cúmulo Viayak eran trasladadas a otros puntos de la galaxia más estratégicos en la defensa de los intereses de Coruscant, todavía capital del Imperio una vez que los conatos de insurrección tras la muerte de Palpatine en Endor fueran completamente sofocados. Sate Pestage, cabeza visible del consejo que gobernaba ahora en el lugar del desaparecido Emperador, aseguró a Somolovich que los seibergios seguían contando con el perenne apoyo del Imperio, pero no obstante siguió retirando naves y tropas hasta dejar a Seibergia virtualmente indefensa en el caso de que la Nueva República decidiera hacerse con el control del sector. Los temores del gobierno seibergio se mostraron fundados, ya que antes de que la última nave imperial hubiera dejado atrás el cúmulo Viayak varios mundos se habían declarado independientes, como fue el caso de Eslivan, Balania, Corotaria o Vina Bosolia. Somolovich intentó retenerlos por todos los medios a su alcance incluyendo la fuerza bruta, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Uno tras otro, todos estos mundos consiguieron romper su lazos con Seibergia, aunque no sin que se libraran cruentos combates en algunos de ellos. La lucha fue especialmente dramática en Vina Bosolia, que había resultado prácticamente arrasado hacía apenas tres meses. Este planeta solicitó desesperadamente el socorro de la Nueva República, pero apenas se pudo hacer nada por ellos. Recuperándose aún de las tremendas pérdidas sufridas en la batalla de Endor, en la defensa de Mon Calamari y también - aunque en menor medida - en la liberación de Ibeyra, al tiempo que seguía combatiendo a muerte contra el Imperio en varios frentes, la antigua Alianza Rebelde no pudo más que contemplar con impotencia como Seibergia, incapaz de mantener su control sobre el planeta, aplicaba una sangrienta política de tierra quemada en Vina Bosolia.

El Diktat coreliano, Cisco Francmonde, era a todas luces el mejor aliado con el que podía contar Somolovich, pero se encontraba en una posición muy incómoda. Corellia no había llegado jamás a unirse al Imperio, pero a cambio había suscrito con él un tratado de amistad y mutua cooperación. Su declarada neutralidad durante la guerra civil a escala galáctica entre el Imperio y la Alianza Rebelde había resultado ser muy beneficiosa para su economía - sin ir más lejos las flotas de las dos partes estaban equipadas con gran cantidad de naves de fabricación coreliana -, pero también había dividido a la población. Decenas de miles de corelianos se habían alistado como voluntarios en ambos bandos. Aquellos que se unían a la Rebelión eran considerados criminales y detenidos como tales si se les encontraba en suelo coreliano, mientras que los que elegían incorporarse a las filas del Imperio lo hacían con las bendiciones del gobierno coreliano, que mantenía así una buena imagen frente a Palpatine y evitaba convertirse en blanco de sus recelos. El apoyo estatal hacía que fueran muchos más los corelianos que combatían junto al Imperio, pero algunos de los rebeldes se habían hecho tan célebres - como era el caso del antiguo contrabandista Han Solo o el del comandante del escuadrón Pícaro, Wedge Antilles, sin olvidar al general Crix Madine o a la político Doman Beruss,

que formaba parte del Consejo provisional - que sus hazañas tenían mayor repercusión e influencia en la opinión pública.

Un año después de la muerte de Palpatine las simpatías del gobierno coreliano seguían siendo para el Imperio, aún demasiado poderoso como para volverle la espalda, pero todos los analistas coincidían en que el Diktat prefería evitar una confrontación directa con la Nueva República, pues ello crearía graves tensiones entre los corelianos hasta el punto quizá de desencadenar una guerra civil. Por esta razón, y como había hecho Sate Pestage antes que él, Francmonde había preferido ignorar hasta el momento las peticiones de colaboración por parte de los seibergios. Así pues, Somolovich se había quedado solo enarbolando la enseña imperial en el cúmulo Viayak, y todo hacía pensar que no encontraría apoyo más allá de las meras palabras en ninguna aventura militar que decidiera emprender.

Viendo en este complicado escenario político una ocasión de oro para mejorar su propia situación, la comunidad balania de Seibergia decidió ignorar el reciente ejemplo de Vina Bosolia y solicitó la ayuda de la Nueva República para liberarse de la opresión seibergia, más dura que nunca desde que el Imperio había dejado de estar allí para protegerles. Para otorgar fuerza a su demanda pidieron que la Región Balania fuera considerada como colonia de Balania, que se había unido recientemente a la Nueva República. En un primer momento, y a pesar de la insistencia de los embajadores de ese planeta, que defendieron vehementemente ante el Consejo Provisional la causa de sus parientes, la Nueva República no se tomó esta petición con demasiada seriedad. "¿Cómo van a ser independientes de su propio mundo? ¿Cómo se puede considerar a una región de un planeta como parte integrante de otro?" Ésas y otras parecidas fueron las respuestas que los enviados seibergio-balanios tuvieron que escuchar una y otra vez para su frustración.

En Seibergia, no obstante, nadie encontró graciosas las pretensiones de la Región Balania. Por remotas que fueran las probabilidades de que tuvieran éxito, la mera posibilidad de que la Nueva República acampara en su propio mundo hacía que los seibergios se tomaran la amenaza muy en serio. En la opinión de mucha gente - incluyendo a Doinos Somolovich y a la práctica totalidad de los ministros de su gobierno -, había llegado el momento de arrojar a los balanios fuera del planeta de una vez por todas. Los viejos odios y resentimientos, junto con una incomprensible xenofobia - incomprensible desde el punto de vista de los no humanos -, derivaron en la aparición más o menos espontánea de grupos paramilitares seibergios en todas las áreas limítrofes con la Región Balania e incluso dentro de ella - aunque en minoría, el número de seibergios que vivían en la Región Balania y especialmente en la ciudad de Nurtina era considerable -, decididos a resolver el problema por sus propios y violentos medios. El gobierno oficialmente ignoraba e incluso negaba la existencia de estas bandas, aunque era un secreto a voces que les estaba ofreciendo abundante apoyo material - armas, suministros e incluso entrenamiento militar a través de oficiales experimentados del ejército supuestamente "retirados"-. Somolovich confiaba en alcanzar su objetivo por medio de los paramilitares sin que ello provocase ningún tipo de intervención por parte de la Nueva República - que había amenazado con hacerlo, tarde ya, cuando lo de Vina Bosolia -, pero al igual que le sucediera a los estrategas balanios hacía dos mil años, su presunción se reveló equivocada.

La lamentable situación de los seibergio-balanios, expulsados de sus hogares y literalmente masacrados en muchos lugares a pesar de los esfuerzos de la naciente guerrilla balania, recibió mucha más atención de la esperada por parte de los cada vez más influyentes medios de comunicación de la Nueva República. Las imágenes de horror y desolación enviadas por los enviados especiales de las diferentes cadenas, transmitidas siempre en horarios de máxima audiencia en buena parte de la galaxia, hicieron que fuera virtualmente imposible para el Consejo Provisional pretender que lo que estaba pasando en Seibergia no era de su incumbencia.

La Nueva República estaba de hecho pagando un precio muy caro por no haber corrido en defensa de Vina Bosolia. Varios sistemas estelares que antes de esos sucesos eran candidatos a unirse a ella habían cancelado las negociaciones desde entonces, temerosos de no recibir ayuda alguna si llegaban a convertirse en blanco de las represalias imperiales - los ataques a modo de venganza sobre mundos que habían abandonado la causa imperial no eran infrecuentes -. La presidenta Mon Mothma se dio cuenta de que el sueño de la vieja Alianza Rebelde de una galaxia libre, unida y en paz jamás se haría realidad si no se hacía nada por los seibergio-balanios y otros como ellos. Al plantear su opinión en el Consejo se encontró con la oposición de aquellos miembros que pensaban - y no sin razón - que las fuerzas armadas de la Nueva República estaban abarcando ya más de lo que podían. Consideraban que todos los esfuerzos debían seguir concentrándose en mantener a raya al Imperio, si no se quería correr el riesgo de perderlo todo en un contraataque. Después de muchas presiones internas y de interminables discusiones a puerta cerrada, los miembros del Consejo Provisional llegaron a un acuerdo. Se despacharía una pequeña flota al cúmulo Viayak para socorrer a los balanios como mejor fuera posible, pero se descartaba por completo la posibilidad de invadir Seibergia. El *Guarida del Lobo* fue una de las naves asignadas a la misión.

Durante las primeras semanas, las fuerzas enviadas por la Nueva República limitaron sus acciones a la protección y apoyo logístico a los convoyes de naves de carga que transportaban a refugiados seibergio-balanios a Balania, Corotaria y otros destinos. Algunas de estas naves ni siquiera tenían capacidad de vuelo hiperespacial, lo que convertía el viaje de dos años luz a Balania en un intento prácticamente suicida, pero así de desesperados estaban los seibergio-balanios que las compraban - normalmente a mercaderes foráneos con muy pocos escrúpulos, que cobraban precios exorbitantes por cualquier montón de chatarra al que aún le quedasen motores -. La *Compasión* - la lanzadera de búsqueda y rescate del *Guarida del Lobo* - había llevado a cabo tantas salidas que varios de los miembros del escuadrón Cabeza de Lobo habían tenido que hacer turnos para pilotarla, relevando de cuando en cuando a su exhausta piloto habitual, y los motores de la lanzadera y otros componentes vitales habían sido reemplazados ya una vez para prevenir accidentes derivados por la más que posible fatiga de los materiales.

Poco después, y a medida que la situación empeoraba, en las montañas de la Región Balania se habían establecido varios campamentos en los que acoger a los numerosos refugiados que no habían tenido ocasión de abandonar el planeta - en realidad eran una minoría los que habían podido hacerlo - o bien se negaban irse a pesar de las circunstancias. Para ello, naves de la Nueva República tuvieron inevitablemente que violar el espacio aéreo de

Seibergia. Varios cazas seibergios - en su mayoría del barato modelo TIE estándar - y algunos de la Nueva República habían sido derribados cuando los locales abrieron fuego contra los cargueros de la Nueva República y sus escoltas. Los constantes obstáculos que las fuerzas armadas seibergias ponían a las operaciones de la Nueva República, y muy en particular el despliegue de minas espaciales en las principales rutas de salida del sistema, obligaron a Mon Mothma y al Consejo Provisional a adoptar una política más agresiva, por mucho que les pesara a algunos de sus miembros - y en particular a la consejera Doman Beruss, que advirtió sobre el riesgo de que se estuviera empujando a Corellia a tomar parte activa en el conflicto -. Hacía tres semanas que el *Guarida del Lobo*, junto con otras naves de guerra, había recibido la orden de establecer un bloqueo en el sistema Seibergia. Cualquier nave que no perteneciera a la flota de la Nueva República debía ser interceptada e inspeccionada, y todas aquellas que llevaran a bordo armas, municiones o combustible de graduación militar debían ser escoltadas fuera de los límites del sistema, pacíficamente si era posible, o por la fuerza si no quedaba otro remedio. Ahora que pensaba en ello, a Gen'yaa no le hubiera molestado en absoluto que las órdenes incluyeran también a las naves de los medios de comunicación.

Las cosas se habían complicado aún más apenas una semana antes cuando, tras las primeras acciones de cierta importancia llevadas a cabo por la guerrilla balania, tropas regulares seibergias habían cruzado las fronteras de la Región Balania. Gen'yaa recibió instrucciones de enviar patrullas del escuadrón *Cabeza de Lobo* en misiones de búsqueda y destrucción sobre la superficie del planeta, dirigidas no sólo contra los grupos paramilitares, sino contra cualquier objetivo militar seibergio que sus sensores detectaran en el interior de la Región Balania. Estas acciones acarrearón airadas protestas por parte del gobierno seibergio, y esta vez el Diktat de Corellia no sólo las había escuchado sino que las había hecho propias. Oficialmente la Nueva República no estaba en guerra - todavía no - con Seibergia, pero las relaciones con los mundos corelianos estaban peor que nunca. Eran muchos los que pensaban que Francmonde no podría resistir por mucho tiempo las presiones de amplios sectores de la población coreliana en pro de una intervención armada en la crisis. Todos los días, frente al Palacio Presidencial, se escuchaban las voces airadas de los manifestantes que acusaban abiertamente al Diktat de estar permitiendo que la Nueva República atacara a placer a los amigos seibergios. Si eso no fuera razón suficiente, el bloqueo estaba empezando a causar pérdidas a las compañías de comercio corelianas que operaban habitualmente en Seibergia, y también a un par de astilleros importantes con pedidos pendientes de entrega - y de cobro - para la armada seibergia.

A Gen'yaa no le resultaba difícil ver la mano de los servicios de inteligencia imperiales en toda esta crisis desde su mismo comienzo. Hubiera apostado su rango a que los agentes de Coruscant estaban infiltrados no sólo entre el gobierno seibergio y sus fuerzas armadas, sino también entre los propios balanios. No costaba nada imaginárselos sembrando la semilla para que la idea de la independencia respecto a Seibergia cobrara fuerza entre sus líderes, y así desencadenar todo lo demás. Corellia, por supuesto, estaba plagada de espías imperiales, actuando constantemente para alimentar el descontento de la población, provocando manifestaciones y revueltas, y contribuyendo en fin a que el Diktat fuera quedándose poco a poco sin

opciones. Y eso, en opinión de Gen'yaa, era más grave incluso que el hecho de que la Nueva República pudiera perder apoyos como consecuencia de este conflicto. Lo peor que podía pasar en estos momentos era algo que el Emperador Palpatine había perseguido sin éxito durante años, pero que su sucesor Pestage parecía mucho más cerca de conseguir: que los mundos corelianos le declararan la guerra a la Nueva República y como consecuencia terminaran uniéndose al Imperio. Si eso llegaba a suceder el actual equilibrio de fuerzas se vendría abajo por completo, y el Imperio tendría el poder que necesitaba para derrotar a la Nueva República y recuperar la galaxia.

El Diktat de Corellia sólo estaba esperando - y sin duda temiendo a la vez - una provocación, una ofensa, una razón que le legitimara ante los menos pro-imperiales de entre sus ciudadanos para tomar parte activa en la guerra. Si se confirmaban los peores temores de Gen'yaa, sus pilotos podrían haberle dado una más que suficiente. Realmente el enfado de la bothan - cólera más bien - no tenía nada de fingido.

Gen'yaa se dio cuenta de que la técnico había completado ya su trabajo, y que todos los presentes estaban esperando a que ella diera la orden para proceder a la reproducción de las grabaciones. La capitana asintió con la cabeza en dirección a la técnico y ésta activó el holoprojector. Inmediatamente apareció frente a ellos la imagen de dos ala-A y un ala-B en vuelo.

Desde que el Alto Mando de la flota había señalado como prioridad para todas las unidades de cazabombarderos la eliminación de la gravísima amenaza que suponían los campos de minas seibergios - varias naves, tanto civiles como militares, habían sido destruidas o sufrido severos daños por esta causa -, Gen'yaa había ordenado a la teniente coronel Schroeder - más conocida entre sus compañeros como Llamarada - que dos tercios del escuadrón Cabeza de Lobo estuvieran permanentemente asignados a misiones de búsqueda e interceptación de los transportes que desplegaban las minas. Buscando la mayor efectividad, Llamarada había dispuesto patrullas mixtas de cazas ala-A, por su gran velocidad de interceptación, y cazabombarderos ala-B, por su mayor potencia de fuego y por ser los únicos aparatos equipados con cañones de iones - que podían desactivar los sistemas de una nave sin llegar a destruirla - de los que disponía el escuadrón. En esta ocasión, la patrulla de cuatro elementos había estado compuesta por los capitanes Gregory - al que apodaban Alce - y Steinberg - Torpedo - a bordo de los ala-B, y por Schroeder y un piloto nuevo llamado Deklas - que se hacía llamar Ermitaño - pilotando los ala-A. La escena que estaban viendo había sido capturada desde la cámara de vuelo del ala-B de Gregory.

- Líder, aquí Cabeza de Lobo Cinco - se dejó oír la voz de Steinberg. - Tengo en mis sensores a cuatro naves no identificadas viniendo desde el planeta, vector tres-cero-siete - Junto a la imagen del ala-B, casi en el centro del holograma, apareció momentáneamente un icono de color verde para indicar la procedencia de la transmisión. Tal y como constaba en los informes técnicos enviados por la jefa de mecánicos a petición de Gen'yaa, hacía poco que ese ala-B había sido modificado mediante la instalación de nuevos y más potentes equipos sensores y de comunicaciones que le permitían operar como centro táctico móvil. No era extraño por tanto que fuera Steinberg el primero en detectar la presencia de naves entrando en el área cubierta por la patrulla.

- Recibido, Cinco - se escuchó responder a Schroeder. El icono verde se trasladó a las cercanías del ala-B situado más a la izquierda de la imagen. - Avísame tan pronto como puedas identificar los tipos.

- Copiado, Líder. Aún están muy lejos como para poder confirmarlo, pero yo diría que se trata de cargueros de tamaño medio.

- ¿Alguien quiere apostar a que son lo que estamos buscando?- intervino Gregory.

- Eso espero - comentó Deklas. - Llevamos tanto rato dando vueltas que ya no sé donde termina mi trasero y dónde empieza el asiento.

- Basta ya, los dos.- El tono de Schroeder no mostraba irritación, pero aún así la orden fue respetada. Durante unos instantes nadie efectuó ninguna transmisión, hasta que el silencio en las comunicaciones fue roto de nuevo por Torpedo.

- Líder, aquí Cinco. Corrección, hay cinco naves. Repito, cinco naves, acercándose en vector tres-cero-seis. Confirmo cargueros ligeros.

- De acuerdo. Tres, Cinco, alas en posición de combate y cañones de iones armados. Puede que tengamos que desactivar a alguno de ellos antes de que los demás decidan cooperar. Dos-Uno, tú y yo cubriremos a los ala-B hasta que estemos seguros de que esas naves no suponen una amenaza. Tened todos vuestros sensores calibrados para escanear sus cargamentos tan pronto como sea seguro.

Los otros tres pilotos confirmaron las instrucciones de su comandante. Dentro del área de proyección del holoprojector los ala-A desaparecieron hacia la parte superior de la imagen, mientras que el ala-B de Steinberg desplegaba sus alas centrales y el módulo de cabina rotaba noventa grados sobre su eje hasta alcanzar la posición habitual en combate.

- Líder, aquí Cinco. Confirmo cinco, repito, hay cinco cargueros. No hay marcas, identificación amigo-enemigo neutral.

- Neutrales, ¿eh? Vamos a ver lo neutrales que son - Gen'yaa comprobó como en la esquina inferior izquierda de la proyección se encendía un indicador amarillo, indicando que Schroeder acababa de pasar a una frecuencia abierta. - Naves no identificadas, les habla la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo de la Nueva República. Tenemos órdenes de verificar su cargamento y destino. Por favor, colaboren con nosotros y no les haremos perder más que un par de minutos de su tiempo.

La respuesta llegó unos segundos más tarde en la voz de un varón humano - casi con toda seguridad - con un inconfundible acento coreliano. Al escucharle, Gen'yaa hizo una mueca.

- Comandante, somos naves civiles en ruta a Balania. Llevamos a bordo refugiados procedentes de la Región Balania. No estamos armados. Por favor, no disparen.

- Líder, aquí Tres. Estos últimos días apenas hemos visto naves llevando refugiados - el indicador amarillo se había apagado. Gregory seguía transmitiendo por el canal de combate del escuadrón, lo que impedía que los pilotos de las naves que se disponían a interceptar pudieran haber escuchado su comentario. - ¿No te parece raro que de pronto nos topemos con cinco de golpe?

- Sí, es verdad. Es de suponer que casi todo aquello que pudiera volar y que pudiera ser comprado, alquilado o robado por los balanios habría intentado el viaje durante las primeras semanas, antes del bloqueo. Yo tampoco me lo

creo, pero de todas formas habrá que asegurarse. El indicador amarillo se iluminó nuevamente cuando Schroeder volvió al canal abierto. - Si no llevan armas ni pertrechos militares a bordo no tienen de qué preocuparse, transportes. Y si es verdad que llevan refugiados a bordo, estamos aquí para ayudarles. De hecho, tan pronto como verifiquemos que lo que dice es cierto le escoltaremos con mucho gusto hasta su punto de salto. Ahora por favor reduzcan su velocidad a 20 MGLTs para que podamos revisar su carga con nuestros escáners.

- Negativo, comandante. No podemos permitirnos reducir nuestra velocidad. Al abandonar la órbita de Seibergia hemos recibido una transmisión desde una estación de seguimiento militar. Nos han amenazado con derribarnos si no dábamos la vuelta, que mandaban cazas en nuestra persecución. No creo que tarden ya mucho en aparecer. Por favor, si de verdad quieren ayudarnos, encárguense de ellos.

- ¿Cazas seibergios? - exclamó Gregory por la frecuencia de combate. - Casi me gustaría que fuera verdad y disfrutar de un poco de acción, pero estoy seguro de que ese tipo nos está tomando el pelo.

- Y yo estoy por darte la razón - respondió Schroeder. - Cinco, ¿alguna señal de esos supuestos cazas?

- Negativo, Líder. Ni una sola nave en mis sensores aparte de las cinco que tenemos delante.

- Justo lo que suponía. Transportes civiles, aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. No detectamos ningún caza seibergio en el área. Si realmente les están persiguiendo, puedo asegurarles que están demasiado lejos de esta posición como para interceptarles antes de que abandonen el sistema. Tenemos tiempo de sobra, así que por favor, reduzcan su velocidad y así nos evitaremos todos un problema.

- Negativo, comandante. Me da igual que no puedan ustedes detectar a los cazas. Tenemos muy claro que no nos vamos a parar aquí a esperarlos.

- Líder, Aquí Cinco. Están a punto de entrar en el radio de acción de nuestros torpedos. Si mantienen el rumbo que llevan ahora calculo que dispondremos de aproximadamente tres minutos para interceptarles antes de que alcancen su punto de salto.

- Recibido Cinco. No vamos a perder ni un segundo más discutiendo con ellos. Estoy asignando códigos a cada una de esas naves en mi computadora de vuelo. Transmitiendo. Dos-Uno, tú y yo vamos a adelantarnos a escanear los objetivos Blanco Uno, Blanco Dos y Blanco Tres. Cinco, Tres, Blanco Cuatro y Blanco Cinco son vuestros. Tenéis permiso para desactivarlos si comprobáis que llevan algún cargamento sospechoso.

- De acuerdo, Líder. - En la imagen los dos ala-A aceleraron hasta perderse de vista, gracias a su superior velocidad.

- Transportes civiles, aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Vamos a inspeccionar sus naves con o sin su colaboración. Les aviso que si no reducen su velocidad esto puede ser peligroso tanto para ustedes como para nosotros, y yo no estoy dispuesta a arriesgar la vida de ninguno de mis pilotos. Una maniobra brusca por parte de cualquiera de ustedes y se encontrarán con un misil de impacto en mitad del casco.

- Comandante, por favor, no lo hagan. Algunos de estos cargueros son muy viejos y están bastante castigados. Nuestras toberas de maniobra no son

muy dignas de confianza. Si se acercan demasiado a nosotros podemos llegar a colisionar accidentalmente.

- Buen intento, amigo, pero ya están advertidos. Si quieren evitar correr peligro alguno reduzcan su velocidad a 20 MGLTs tal y como ya les he indicado, y en ese caso podremos hacer nuestro trabajo sin riesgos para nadie.

- Líder, aquí Dos-Uno - se escuchó decir a Deklas. - Tengo contacto visual. Estaré sobre Blanco Uno en cuestión de segundos.

- Negativo, comandante - insistió el piloto presuntamente coreliano, su voz cargada ahora de tensión. - Le repito que no nos podemos permitir reducir nuestra velocidad. Si nos alcanzan los seibergios no tendremos ninguna oportunidad. Por favor, tienen ustedes que...

- ¡Líder, aquí Dos-Uno! - transmitió Deklas. - ¡Blanco Uno va cargado hasta los topes de minas espaciales!

- Líder, aquí Cinco - informó Steinberg. - Nos aproximamos a los blancos asignados. Según mis sensores Blanco Cuatro es el que está hablando contigo.

- Líder, aquí Dos-Uno - continuó Deklas. - Confirmado Blanco Dos. Más minas. Ambos parecen desarmados. Solicito permiso para abrir fuego, tan sólo un par de descargas para dejarlos sin escudos y obligarles a cambiar de rumbo.

- Afirmativo, Dos-Uno - contestó Schroeder con calma. - Oh, sorpresa, Blanco Tres también lleva minas. Tres, Cinco, ¿nos estáis copiando?

- Alto y claro, Líder - respondió Gregory.

- Dos-Uno y yo vamos a neutralizar los escudos de nuestros objetivos para que podáis venir después a desactivarlos sin problemas. ¿Cuál es vuestra situación?

- Cinco está a punto de alcanzar a Blanco Cuatro. Yo me dirijo hacia...- La voz de Alce se interrumpió de repente. En el centro de la imagen una gran explosión, seguida de una andanada de rayos láser de color verde brillante, iluminó por un instante la silueta del ala-B de Steinberg antes de que Gregory, con los reflejos propios de un veterano, iniciara una brusca maniobra evasiva que le salvó de ser alcanzado también por los disparos. - Cinco, ¿estás bien?

- ¡Me han dado pero aún sigo en vuelo! Me he quedado sin escudos y he perdido los motores dos y tres.

- Sal de ahí, yo te cubro.

- Gracias, Tres, pero ten cuidado. - Por su voz parecía que, a pesar de todo, Steinberg seguía teniendo sus nervios bajo control. - Blanco Cinco lleva una batería de misiles camuflada y al menos dos torretas láser.

- No hay problema. Yo me cargaré a ese hijo de mala madre por ti.

- Negativo, Dos - intervino Lllamarada. - Tú encárgate de desactivar a los blancos Uno a Tres antes de que tengan ocasión de escapar. Dos-Uno y yo vamos a por Blanco Cinco.

- Copiado, Líder.- Gen'yaa no tuvo ningún problema para percibir el enfado y la frustración subyacentes bajo la respuesta de Gregory. La mujer bothan se mordió el labio inferior comenzando a imaginarse lo que había sucedido después. Todos los presentes contemplaron como Gregory empleaba sus cañones de iones para desactivar a las tres primeras naves, completamente indefensas sin sus escudos. Gen'yaa instruyó a la suboficial técnica para que cambiara el origen de la proyección, de forma que mostrara alternativamente las grabaciones obtenidas por las cámaras de vuelo de los

dos ala-A. Schroeder y Deklas dieron alcance al transporte armado y abrieron fuego sobre él. Antes de destruirlo - Gen'yaa tenía que admitir que en este caso no les había quedado otra opción, ya que el carguero no cesó de disparar contra los ala-A en ningún momento -, la propia Schroeder tuvo ocasión de barrer el objetivo con sus sensores y comprobar que sus compartimentos de carga iban repletos también de minas espaciales.

- Aquí Tres. Blancos Uno a Tres están desactivados y a la deriva, sistemas vitales en orden.

- Buen trabajo, Tres. Blanco Cinco ya no existe. Blanco Cuatro... ¿alguien ha visto a Blanco Cuatro?

- Aquí Cinco. Negativo, Líder. Ni siquiera tengo sensores.

- Aquí Dos-Uno. Yo tampoco... Espera, tengo una señal en vector de salida cuatro-cero-nueve.

- Espera... Lo tengo. Maldita sea, Dos-Uno, acelera a tope. Vamos a por él.

- No vamos a conseguirlo, Líder. Según mi computadora está a punto de saltar.

- Líder, aquí Tres. Estoy mucho más cerca que vosotros - Anticipándose a la orden de Gen'yaa, la técnico volvió a casignar la cámara de vuelo de Cabeza de Lobo Tres como origen de la proyección. Gregory seguía hablando.

- Creo que puedo alcanzarlo aún con un torpedo de protones.

- Copiado, Tres. ¿Tuviste ocasión de inspeccionarlo? - *Ésa es la pregunta clave*, pensó Gen'yaa. - En ese instante la voz del piloto del transporte en fuga se dejó oír de nuevo por el canal abierto.

- Cazas de la Nueva República, por favor, no nos disparen. No éramos parte de ese convoy, tienen que creermos...

- Aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Si eso fuera cierto no estarían huyendo de nosotros - Schroeder regresó a la frecuencia de combate. - Responde, Tres. Te he hecho una pregunta.

- Negativo, Líder, no tuve ocasión.

- Maldita sea, entonces estamos con las manos atadas.

- ¿Por qué dices eso? Mira, Lllamarada, no tenemos tiempo para discutir esto. Se nos va a escapar...

- Lo sé, lo sé...- Schroeder se quedó un instante en silencio, como si dudara acerca de lo que debía hacer. Gen'yaa tuvo que contenerse para no exclamar en voz alta. *Tenía sus órdenes, comandante. No abrir fuego contra ninguna nave no inspeccionada previamente. No había nada que pensar.*

- ¡Lllamarada, por el aliento corrupto del Emperador! ¡Es un blanco hostil y vamos a perderlo!

- Cazas de la Nueva República, gracias por no haberme atacado - La satisfacción evidente en la voz del piloto del transporte no dejaba lugar a dudas. Estaba a punto de efectuar el salto al hiperespacio y se creía ya a salvo. Al final de su frase se escuchó lo que parecía una carcajada. ¿Simple alegría? ¿Alivio? ¿Burla? Al parecer fue esto último lo que interpretó Schroeder, que en ese momento tomó una decisión.

- De acuerdo, Tres, no sigas convenciéndome. Enciéndeles el trasero.

- Me alegro de que me hayas dado tu aprobación, porque acababa de disparar - Gen'yaa y el resto de oficiales sentados alrededor de la mesa habían podido ver con total claridad como dos estelas azuladas surgían por la parte inferior de la imagen, delatando el lanzamiento de los torpedos. Las estelas

convergían ahora en el centro mismo del holograma, donde se sobreimpresionaba la retícula de disparo generada por la computadora de vuelo del ala-B en color rojo brillante, lo que indicaba que el sistema de guiado del torpedo tenía perfectamente localizado al objetivo. La capitana miró de reojo a Gregory, responsable de haber efectuado esos lanzamientos tan sólo hacía unas cuantas horas. Su cara no mostraba expresión alguna, y su mirada estaba clavada en la proyección como si estuviera hipnotizado por ella, pero sus puños estaban apretados sobre la mesa. Aunque era difícil decirlo dada la escasa iluminación de la sala en esos momentos, Schroeder, que estaba sentada a su lado, parecía haber palidecido. El teniente de navío Mesch Dey'jaa, su oficial de inteligencia, se acercó discretamente a Gen'yaa y le susurró al oído.- Capitán, acabo de terminar las comprobaciones en mi datapad. Los restos que aparecen en la grabación de Coronet News coinciden con Blanco Cuatro. Estoy casi seguro de que se trata de la misma nave. - Gen'yaa asintió en silencio, devolviendo su atención a la proyección. Nadie en la sala hizo el más mínimo comentario cuando una lejana explosión iluminó por un breve instante el centro del holograma y luego se desvaneció.

- ¡Uaaaaa, justo a tiempo!- exclamó la voz de Gregory en la grabación.

- Sí - le respondió la de Schroeder con un suspiro. - Me alegro de que no esperases a que te diera el visto bueno, o ese condenado coreliano estaría llenando el espacio de minas de aquí a una hora.

- El tío sabía mentir, - comentó Deklas. - eso tenemos que concedérselo. Casi me costaba no creerle.

- Eso es porque no tienes tanta experiencia en el oficio como Lllamarada y como yo - bromeó Gregory -, ni has conocido a suficientes corelianos. Ah, y ese impresentable Diktat que tienen todavía va diciendo que no, que ellos no están ayudando a los seibergios a masacrar balanios...

- ¡Basta, que paren la grabación! - ordenó Gen'yaa con brusquedad. Al volverse a mirarla todos pudieron comprobar que el ceño de la capitana estaba profundamente fruncido y que su mirada era más fría y dura que nunca. - Creo que hemos visto y oído más que suficiente por el momento.



Capítulo IV

Cuando el contador en su panel se puso todo a ceros Araña bajó la palanca del motivador de salto, desconectando así los hiperimpulsores. El ala-A reentró con suavidad en el espacio normal apenas a medio centenar de kilómetros de la posición del *Guarida del Lobo*. Casi al unísono, el caza de Iceberg salió del hiperespacio unos doscientos metros a su derecha. Araña contó mentalmente hasta diez sin dejar de observar su pantalla sensora, pero no vio aparecer nuevas señales. Impaciente, comenzó a dar golpecitos con el dedo sobre la pantalla.

- Vamos, Ru...

Le había dado tiempo a contar hasta treinta y empezaba ya a ponerse nervioso, cuando la computadora de vuelo emitió la señal de aviso que Araña estaba deseando escuchar. El piloto de la Nueva República comprobó como, al fin, otro icono verde se materializaba sobre la pantalla sensora, indicando la entrada de una nave amiga a algo más de tres kilómetros a su izquierda y uno y medio por encima en relación a su posición, y así de lejos de donde debería haber aparecido. La lanzadera clase Lambda del escuadrón, la *Compasión*, se había salido de rumbo por segunda vez en el día.

- Lo siento, chicos - le llegó la voz de Rúster por los auriculares del casco. - Casi me paso el punto de inversión.

- ¿Otra vez te están dando problemas los motores? - preguntó Araña a sabiendas de que el controlador de vuelo de guardia en el *Guarida del Lobo* probablemente se encontraba a la escucha por esa frecuencia, esperando a que la *Compasión* anunciara su entrada en la zona. Aunque los problemas técnicos nunca podían descartarse del todo en la sobreutilizada lanzadera, Araña estaba convencido de que el verdadero problema era que su piloto estaba demasiado exhausta como para estar volando. Él mismo se sentía cansado - más de lo que le gustaría admitir -, y eso que no había doblado turno como su compañera. Aunque admiraba su dedicación, en opinión de Araña la lumi estaba empezando a pasarse.

- No lo sé con seguridad - llegó la respuesta de Rúster tras un breve intervalo de silencio. - Tendré que comprobarlo con la teniente Hanniuska cuando lleguemos al *Guarida*, pero estoy por pensar que es alguna otra cosa.

Araña sonrió. Incluso estando agotada, Rúster no había dejado de darse cuenta de que Araña le estaba brindando una oportunidad para excusar la falta de precisión de su reentrada ante el controlador de vuelo, quien sin duda la había monitorizado y anotado en el registro de incidencias. No obstante, Rúster no había querido echarle la culpa a los motores de su lanzadera, pues eso sugeriría implícitamente que el personal de mantenimiento - que los habían revisado justo antes de esta salida - no estaba haciendo bien su trabajo. *De Rúster siempre se puede aprender algo*, pensó Araña olvidando en parte su

malestar hacia ella. - Recibido, *Compasión*. Mantén el rumbo que llevas ahora. Estaremos contigo en unos segundos.

- Correcto, Cabeza de Lobo Nueve, gracias. *Guarida del Lobo*, aquí la *Compasión* y su escolta informando. Acabamos de entrar en vuestro perímetro.

- Aquí el *Guarida del Lobo*. Bienvenidos, *Compasión* y Sombras de Lobo.- La rapidez de la respuesta confirmó a Araña que estaba en lo cierto al suponer que el controlador estaba esperándoles y a la escucha. También notó, y con no poca satisfacción, que los de control de vuelo estaban al tanto de las nuevas designaciones de combate para los diferentes grupos dentro del escuadrón. Al tratarse de una unidad multipropósito, el escuadrón Cabeza de Lobo estaba equipado con varios modelos de cazas estelares distintos. Dependiendo de la naturaleza de la misión las naves de un determinado tipo podían operar de modo semiindependiente, y con el tiempo esos grupos de vuelo habían ido tomando una cierta identidad propia. Los propios pilotos habían sugerido denominaciones para cada uno de estos "escuadrones dentro del escuadrón", y habían diseñado emblemas particulares que portaban con orgullo en sus cazadoras y monos de vuelo. Los ala-A componían el grupo Sombras de Lobo, los ala-X eran los Colmillos de Lobo, y los ala-B los Zarpas de Lobo. A Araña aquello le hacía mucha gracia. Como la mayoría de sus compañeros, no había visto un lobo en su vida – se trataba de una especie animal existente en muy pocos planetas, casi todos ellos poblados por humanos – pero desde que a alguien se le ocurriera en su día llamar Cabeza de Lobo al escuadrón, a veces le parecía que llevaba toda la vida rodeado de esos bichos. Araña era el oficial de mayor graduación en el grupo de ala-A, lo que extraoficialmente hacía de él Sombra de Lobo Líder. Eso le gustaba.

- Gracias, *Guarida del Lobo* – continuó Rúster. – Hemos acabado nuestro circuito por el sector designado. Esta vez no traemos pasajeros – había una nota de alegría en la voz de Rúster, y Araña sabía muy bien por qué. La ausencia de pasajeros significaba que se habían pasado cinco largas horas mirando al vacío y buscando entre grupos de asteroides dispersos para nada, pero también que no habían encontrado ninguno más de esos cochambrosos transportes, averiados y a la deriva, cargados de hambrientos y asustados refugiados, y eso cuando tenían suerte. Últimamente, había veces en la que lo único que podían rescatar eran trozos chamuscados de casco, además de las mortecinas lecturas que dejaban en sus sensores los restos de la energía liberada por una mina seibergia. Desde ese punto de vista, no era difícil para Araña compartir la satisfacción de su compañera por haber vuelto con las manos vacías.

- Entendido, *Compasión*. Tiene permiso para apontar en el hangar principal por el acceso de babor. Cabeza de Lobo Nueve, usted y su hombre ala quédense a la espera de recibir nuevas instrucciones. Lo siento, Sombras de Lobo.

Araña puso los ojos en blanco. – No se preocupe, *Guarida del Lobo*. Ya sabe, a nosotros los chicos voladores siempre nos hace felices que nos permitan seguir encerrados en nuestras cabinas un ratito más – Aunque había intentado que el comentario sonara jocoso, no había podido evitar que el tono le saliera un tanto ácido. No era de extrañar que el controlador de vuelo prefiriera no contestar. Al parecer Iceberg y él iban a doblar turno después de todo. El piloto dejó escapar un suspiro. – Que tengas un feliz apontaje, *Compasión*. Ah, y procura dormir un poco.

- Gracias Nueve, y también a los dos por el paseo.
- El placer es nuestro.
- Cuando te apetezca dar otro no tienes más que llamarnos – añadió Iceberg.

Los dos ala-A se mantuvieron aún junto a la *Compasión* durante unos minutos más. Cuando la lanzadera de búsqueda y rescate alcanzó la entrada del hangar ellos se alejaron hasta una distancia prudencial y empezaron a volar en amplios círculos alrededor del portanaves.

- ¿Cuánto tiempo de vuelo te queda, Ocho?- preguntó Araña mientras comprobaba sus instrumentos.

- Unas seis horas sin repostar. Cinco o menos si tuviéramos que entrar en combate.

- No creo que haya muchas posibilidades - bromeó Araña.- No sé de nadie que haya visto un TIE seibergio desde los primeros días de jaleo.

- Supongo que será porque los que se enfrentaron a nuestra flota cuando entramos en el sistema no duraron mucho.

Araña se rió. - Sí, algo tendrá que ver con eso.

- Cabeza de Lobo Nueve, aquí el capitán de fragata Wumb. - Araña tensó la espalda contra el respaldo de su asiento. Si sus nuevas órdenes iban a venir directamente del segundo de a bordo del *Guarida del Lobo*, el sulustano Nil Wumb, eso sólo podía significar que estaba pasando algo serio.

- Le copio, señor - se apresuró a contestar. Wumb había captado toda su atención.

- La capitán de navío Gen'yaa me ha encargado que refuerce nuestro perímetro. El resto de los ala-A del escuadrón está ya tomando posiciones bajo el mando del capitán McKay. Quiero que ustedes dos se reúnan con ellos en las coordenadas diez-dieciocho-catorce relativas a nuestra posición actual. Una vez allí hágase usted cargo de la patrulla. Organícenos la mejor pantalla de cazas posible con esos recursos. - Araña hizo una mueca. Aquello no sonaba a operación de rutina.

- ¿Debemos esperar problemas, señor?

- Aún no, Cabeza de Lobo Nueve. Digamos que la situación política se está complicando, y que hemos decidido ser precavidos.

- Comprendo, señor - Araña estaba lejos de sentirse satisfecho con esa explicación, y su curiosidad innata le urgía a pedir más detalles sobre lo que estaba pasando, pero llevaba el tiempo suficiente en servicio como para saber cuándo no era un buen momento - casi ninguno lo era, aunque unos eran mejores que otros - para interrogar a un oficial superior. - ¿Le parece bien si voy enviando a los pilotos en parejas para que reposten sus cazas y que descansen un poco?

- Negativo, Cabeza de Lobo Nueve. Les mandaremos una de las naves cisterna de la flota dentro de cuatro o cuatro horas y media. Una vez que podamos coordinar nuestras patrullas con las del resto de unidades podrá hacer lo que ha dicho, pero no espere poner sus pies sobre la cubierta de vuelo antes de seis o siete horas en el mejor de los casos - Wumb hizo una breve pausa antes de añadir. - Estén atentos y tengan cuidado ahí fuera.

- Gracias señor, así lo haremos - *Oh, no, amigo mío, esto no tiene nada de rutinario.* - Cabeza de Lobo Nueve fuera.

Los dos pequeños cazas giraron para alejarse del portanaves de combate y pusieron rumbo hacia las coordenadas indicadas a velocidad de

crucero. Medio minuto más tarde, Araña volvió a oír la voz de Iceberg en sus auriculares. La unidad de comunicaciones indicaba que su compañero estaba empleando una transmisión de corto alcance, con la intención de que nadie más que él la recibiera.

- Hey, Araña, ¿sonaría poco original si te dijera que tengo un mal presentimiento sobre esto?

- Efectivamente, colega, muy poco original. Pero la verdad es que a mí me pasa lo mismo.

El oficial de vuelo Han "Spuk" Chiu esperaba la llegada de la *Compasión* sobre la cubierta de vuelo del hangar principal. Había recibido órdenes de encargarse de que se repostara a la lanzadera para otra salida, y de no moverse de su lado durante las próximas ocho horas. Debía estar listo para despegar en cualquier momento si era preciso. Salvo él, todos los pilotos que no estaban volando en esos momentos se encontraban en la sala de reuniones del escuadrón, esperando noticias sobre lo que estaba sucediendo en el camarote de la capitana. Hasta el momento sólo había rumores, pero todo parecía indicar que alguno de sus compañeros estaba metido en un buen lío. Seguramente tenía algo que ver con el ala-B hecho polvo que un grupo de técnicos verpin estaba revisando allí mismo, en un lateral del hangar. Spuk lo había identificado enseguida, era el del oficial táctico, Torpedo. Lo que quedaba del radomo y las antenas bajo el fuselaje lo hacían inconfundible. Juzgando por lo que podía verse a simple vista, el cazabombardero había recibido una buena.

La megafonía del hangar, avisando que una lanzadera estaba iniciando la maniobra final de aproximación, interrumpió los pensamientos de Spuk. El piloto miró hacia fuera a tiempo de ver cómo las luces de aterrizaje de la *Compasión* se destacaban contra el espacio estrellado, mientras el personal que se encontraba en la zona de babor de la cubierta de vuelo se apartaba del acceso sellado magnéticamente. Un instante después ya podía distinguirse claramente la silueta de la lanzadera, cuyas largas alas se iban plegando hacia arriba para permitirle entrar en el hangar. La nave se desvió un poco hacia su derecha antes de ser capturada por el rayo tractor que la guiaría a su punto de estacionamiento. Spuk movió la cabeza lentamente de un lado a otro. Definitivamente, no podía decirse que esa lumi fuera una piloto de primera. La *Compasión* cruzó el umbral de la entrada al hangar y Spuk se echó a andar hacia ella. La teniente Mar Hanniuska, la llamativa jefe de mecánicos del escuadrón, se reunió con él frente a la lanzadera una vez que el rayo tractor la depositó suavemente sobre la cubierta.

- Qué tal, oficial.

- Teniente - respondió él educadamente. Deseó que se le ocurriera algo más que decir, pero la bella mecánico parecía haberse olvidado ya de que estaba allí. Spuk suspiró mentalmente mientras observaba cómo la rampa de la lanzadera descendía lentamente hasta tocar el suelo. Poco después bajaba por ella la piloto.

- Hola, Mar - saludó Rúster al ver a Hanniuska. - Escucha, los motores están perfectamente. Siento mucho si...

- Lo sé, lo sé - le interrumpió la mecánico.- Eso no es lo que más preocupa en estos momentos. ¿Te importa si te digo que tienes un aspecto horrible?

Rúster se encogió de hombros. - No. Total, todo el mundo lo dice - Rúster se estiró con la mano su apelmazado cabello rubio, lo que hizo que Spuk se fijara en sus receptores neurales, que sobresalían a modo de cresta en la parte superior de su cabeza. Le habían dicho que esos órganos parecidos a tentáculos - la característica más destacable de los lumi, cuyo aspecto era totalmente humanoide por todo lo demás - eran lo que les daba a los lumi sus agudos sentidos. Por lo visto estaban cargados de electricidad estática y podían utilizarlos como medio de autodefensa. También permitían que aquellas personas que estuvieran familiarizados con ellos pudieran adivinar con bastante precisión de qué humor se encontraba su propietario o propietaria tan sólo fijándose en sus continuos cambios de color. Su tonalidad normal, oscilando entre el ámbar y el verde esmeralda, hacía muy difícil que a uno le pasaran desapercibidos, especialmente el grande que tenía sobre la frente. En esta ocasión, no obstante, los receptores de lumi lucían un marrón apagado poco atractivo. Spuk se preguntó qué significaba ese color, pero la teniente Hanniuska parecía saberlo.

- Podría mencionar tu arrugado traje de vuelo o las inmensas ojeras, pero en este caso yo diría que el marrón de tus receptores es definitivo.

- Sí, lo sé. Y sí, es verdad, estoy cansada. Muy cansada. Terriiiiblemente cansada - había un deje de irritación en la voz de Rúster, y la punta de sus receptores comenzó a adoptar un color más cercano al blanco. Spuk no podía dejar de observar fascinado cómo iban cambiando de gama cromática. Rúster, que al parecer no había reparado en su presencia - Spuk empezaba a pensar que era casi invisible para todas las mujeres a bordo de esa nave -, evitó mirar a Hanniuska a los ojos. - ¿Qué quieres que haga? No puedo irme a dormir tranquilamente sabiendo que otro grupo de refugiados puede estar por ahí - Rúster hizo un gesto vago hacia el exterior del hangar -, incluso ahora, esperando a que alguien les ayude - Cuando finalmente alzó la mirada, los ojos enrojecidos de la lumi reflejaban la sinceridad de sus palabras y el dolor que había en ellas.

- Ay, Rúster, eso es muy propio de ti - el tono de la mecánico se había suavizado al darse cuenta de lo cerca de venirse abajo que estaba su amiga. - Pero como Lllamarada ya te ha dicho, y soy muy consciente de que lo ha hecho, no vas a poder ayudar a nadie si te estrellas un día de estos con la *Compasión*. - Al oír a Hanniuska, Spuk se estaba arrepintiendo ya de haber pensado mal hacía sólo un momento de las habilidades como piloto de la lumi. - ¿Acaso no ha dado órdenes al resto de tus compañeros para que te echen una mano? - Hanniuska movió una mano en dirección a Spuk.

- Ah, Spuk, hola - Rúster le dirigió una breve sonrisa. - Sí, pero es que este turno lo iba a cubrir Granito... - La sola mención al más chiflado e inestable de los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo hizo que las dos mujeres se echaran a reír al unísono.

- Vale, supongo que eso lo explica - dijo Hanniuska. - Por esta vez pase. ¿Crees que Spuk, aquí presente, es lo suficientemente digno de tu confianza en lo que se refiere a pilotar tu querida *Compasión*?

- Sí, por supuesto que sí - Rúster le guiñó un ojo. El color ámbar iba volviendo gradualmente a sus receptores.- Considérala tuya por lo queda de día.

- Gracias, Rúster - Spuk sonrió. - Creo que subiré a bordo para irme familiarizando con ella.

- Muy bien - De repente, Rúster se fijó en el aspecto del ala-B de Torpedo, a espaldas de Hanniuska. - Mar, ¿están bien todos los chicos? ¿ha pasado algo malo? - La mecánico no necesitaba volver la cabeza para saber qué estaba mirando Rúster con tanta alarma.

- No te preocupes, nadie ha resultado herido. Nadie de los nuestros, al menos...- Hanniuska parecía dudar acerca de si continuar hablando o no.

- ¿Nadie de los nuestros?- repitió Rúster. Ahora sus receptores se estaban volviendo blancos muy deprisa. Spuk interpretó que las reticencias de Hanniuska se debían a su presencia allí. Después de todo era el miembro más reciente del escuadrón, y apenas hacía unas pocas semanas que Rúster y Hanniuska lo conocían. Aunque se moría por saber más detalles de lo que había pasado, decidió que lo mejor sería dejar solas a las dos mujeres. Ya se enteraría de todo, más pronto o más tarde. Discretamente, se apartó y comenzó a subir por la rampa en dirección a la cabina de la lanzadera.

- Está bien, te contaré lo poco que sé - le escuchó decir a Hanniuska - pero prepárate porque no va a gustarte nada.

Spuk ya no oyó nada más. Entró en la cabina, se sentó en el puesto del piloto y comenzó antes que nada a regular a su altura el asiento y los controles principales. Al mismo tiempo ordenó a la computadora de vuelo que ejecutase un programa de auto-diagnóstico de los diferentes sistemas de la nave. Mientras leía los resultados que iban apareciendo por la pantalla de presentación de datos, no podía quitarse de la cabeza la conversación que estaba teniendo lugar afuera. Algo había salido muy mal, de eso no le cabía ya duda. Quizá había malinterpretado a Hanniuska. A lo mejor no le importaba si escuchaba lo que tenía que decirle a Rúster. Aunque lo intentó, el morro de la lanzadera no le permitía verlas a ella y a la lumi. No las había visto irse, así que tenían que seguir ahí abajo. Su ansiedad fue en aumento hasta que no pudo aguantarlo más. Se levantó del asiento y salió de la cabina. Sintíéndose culpable por espiar así a sus propias compañeras, caminó hacia la rampa procurando no hacer ruido. Desde esa posición escuchó exclamar a Rúster - ¿Qué han hecho qué? - Cuando quiso asomarse, Rúster iba ya caminando a grandes zancadas hacia el turboascensor más cercano. Sobre su cabeza, sus receptores neurales brillaban en un intenso color azul que se reflejaba en su cabello - si realmente era cabello, y no receptores más pequeños y delgados que los de la cresta -. Spuk hubiera podido jurar que había podido ver arcos voltaicos saltando de un apéndice a otro.

- ¡Ru, ha tenido que ser un accidente...!- le dijo Hanniuska intentando no levantar demasiado la voz, pero Rúster ya no podía oírla. - Oh, por favor. Para qué narices habré tenido que abrir la boca...- En ese momento, la mecánico jefe se dio cuenta de que Spuk estaba allí. La forma en la que frunció el ceño fue más que suficiente para convencer a Spuk de que sería una buena idea volver a la cabina y seguir ejecutando diagnósticos, hiciera falta o no.

La capitán de navío Talina Gen'yaa despidió a todas las personas presentes alrededor de su mesa de reuniones, pero no antes de ordenarles mantener un silencio absoluto acerca de lo que habían visto y oído. Tan sólo quedaban allí su oficial de inteligencia, esperando de pie discretamente en segundo plano, y los pilotos Lllamarada y Víbora, a los que había pedido que aguardasen un momento. Cuando las puertas se cerraron, Gen'yaa se quedó mirando con severidad a Lllamarada durante unos instantes antes de hablar.

- Teniente coronel Schroeder - comenzó. Su voz no mostraba inflexiones ni rastros de emoción. Su rostro, a excepción de los ojos, se mostraba tan inmutable como si llevara puesta una máscara de duracero. - Debo relevarle temporalmente del mando del escuadrón Cabeza de Lobo. - Si aquello sorprendió a Lllamarada no dio signos de ello. La piloto mantenía la vista al frente, evitando parpadear siquiera. - Usted y el capitán Gregory quedan suspendidos para pilotar nave alguna, y permanecerán confinados en sus camarotes hasta nueva orden.

- ¿Estamos bajo arresto?

- No, pero no me den razones para que eso cambie - Tras una breve pausa, la bothan se volvió hacia Víbora y fijó en él toda la fuerza de su mirada. Comandante Stauber, desde este preciso momento, actuará usted como comandante en activo del escuadrón Cabeza de Lobo. Si necesita a un oficial ejecutivo, elija a uno entre su gente. Pueden marcharse.

- A la orden, capitán - respondieron ambos al unísono antes de abandonar el camarote. Gen'yaa se dio la vuelta y miró al teniente de navío Mesch Dey'jeaa. El otro bothan dio un paso adelante y se reunió con ella junto a la mesa de reuniones. La capitana le indicó con un gesto que se sentara y comenzó a hablar sin preámbulos.

- Dado que no ha mencionado usted el tema, he de suponer que mi petición de que los pilotos de los tres transportes desactivados fueran interrogados no ha obtenido ningún resultado positivo.

- Me temo que ya era tarde, teniente. Siguiendo el procedimiento habitual, una vez que su carga de minas quedó confiscada se les prestó ayuda para que pudieran reiniciar sus sistemas y arrancar sus motores, y se les permitió regresar a Seibergia. Se supone que no estamos en guerra con ellos.

Gen'yaa le quitó relevancia al último comentario de Dey'jaa con un movimiento impaciente de su mano. - Pero se trataba de militares, ¿verdad?

- Los pilotos sí. Los transportes no tenían marcas y estaban registrados como naves civiles, como todas las que utilizan para intentar burlar nuestro bloqueo.

- Los pillamos con las manos en la masa y ni siquiera se nos da la oportunidad de interrogarles antes de mandarlos de vuelta con nuestras excusas por las molestias. - La capitana permitió que el enfado que sentía se dejara notar en su voz y en su expresión, ofreciendo a Dey'jaa una breve visión de sus colmillos apretados en un gesto muy propio de una bothan. Gen'yaa inhaló profundamente y volvió a sus mucho más indiferentes tono y modales habituales. - ¿Su estimación de la situación, teniente?

- Esto es una bola de nieve, capitán - respondió Dey'jaa con un suspiro. - Aunque ninguno de los oficiales que han estado aquí diga nada, estoy seguro de que a estas horas ya hay varios rumores más o menos fundados circulando por toda la nave.

- Lo sé. Eso no pasaría si contásemos con una tripulación exclusivamente bothan. A los humanos y a los moncalamari les gustan demasiado los chismorreos - Gen'yaa no mostró ni irritación ni desprecio alguno al decirlo. Se estaba limitando a exponer un hecho con el que, por otra parte, su subordinado estaba de acuerdo.

Dey'jeaa asintió y se encogió de hombros. Nada podía hacerse para evitar la aparición de rumores entre la tripulación. - Lo que me preocupa, - dijo - es lo que pueda oírse fuera del *Guarida del Lobo*. Los miembros de la comisión que envíe el almirante Ackbar podrían venir con opiniones preconcebidas.

- Ya llegaremos a eso. Teniendo en cuenta los hechos, quizá encontremos un modo de convencerles de que, en una situación de combate como ésta, nuestros pilotos hicieron lo que debían con la información de la que disponían. - Dey'jaa no contestó. El oficial de inteligencia estaba muy lejos de sentirse tan seguro en lo que respectaba a ese punto concreto. - Deje eso de mi cargo - añadió la capitana, percibiendo el escepticismo en la mirada del otro. - Por favor, continúe.

- No cabe duda de que vamos a perder apoyos en más de un sistema a causa de esta desgracia. Recuerde lo de Vina Vosolia...- Gen'yaa asintió frunciendo los labios. - Lo peor va a ser la reacción de Corellia - Dey'jaa consultó su datapad antes de continuar. - He estado revisando los índices. Las predicciones son que en promedio un treinta y dos por ciento de la población, más en la propia Corellia y en Sacorria, algo menos en Selonía, Drall, Talus y Tralus, apoyarían al Diktat si éste decidiera abrir hostilidades contra la Nueva República ahora mismo. El Imperio utilizará este incidente para hacer subir ese porcentaje. - Gen'yaa volvió a asentir. Eso era justo lo que ella misma había estado pensando poco antes.- La gente de Ysanne Isard son muy buenos en esta clase de cosas, y tienen muchos contactos en los medios de información corelianos.

- Hasta el momento, nuestra campaña contra los paramilitares seibergios no ha sido suficiente para provocar una intervención de Corellia - contrarrestó Gen'yaa obligando a Dey'jaa a probar sus argumentos - ¿Por qué la matanza de un puñado de refugiados balanios iba a cambiar eso? ¿O cree usted que sería por la posibilidad de que el piloto fuera coreliano?

Dey'jeaa meneó la cabeza. - Lo del piloto influirá, pero la clave está en los refugiados.

- Explíquese.

- Cisco Francmonde puede ser un dictador, pero no se habría mantenido tanto tiempo como Diktat si no fuera inteligente. Puede estar usted segura de que Francmonde no tiene el más mínimo deseo de perder cuota alguna de poder en favor del Imperio cediendo a sus demandas. No obstante, si la presión llega a ser lo suficientemente alta, podría dar el paso que llevamos temiendo tanto tiempo. Hasta la fecha, se ha limitado a incrementar el nivel de hostilidad contra la Nueva República en sus alocuciones públicas, esperando supongo que con eso podrá salvar la cara frente al sector más imperialista de su población, sin hacer nada en realidad.

- Un juego peligroso.

- Lo es sin duda. Si eso no basta para mantener calmadas las aguas, y suponiendo que el apoyo a la declaración de guerra alcance, digamos, un cincuenta por ciento, mi opinión personal es que el Diktat podría intentar otra cosa como último recurso antes de abrirle las puertas a Sate Pestage. -

Gen'yaa lo miró con curiosidad, invitándolo a proseguir. - El Diktat podría ordenar a la flota coreliana el envío de naves al sistema Seibergia, aduciendo que se trata de ayuda para los seibergios que sufren a causa del bloqueo y de los ataques de la Nueva República, o incluso para los propios balanios, a quienes no estaríamos realmente defendiendo, sino tan sólo utilizando. Mandarían un cierto número de transportes con comida y medicamentos, escoltados por un grupo de combate fuertemente armado.

- Una exhibición de fuerza, un gesto de cara a los pro-imperiales a la vez que un aviso para nosotros. - Dey'jaa no estaba diciendo nada que no se le hubiera pasado ya a ella por la cabeza.- Sí, ese escenario estaba entre mis planes de trabajo. De hecho, mientras hablábamos, le he enviado un mensaje al capitán Wumb con instrucciones para que refuerce nuestras defensas.

- Ése hubiera sido mi consejo - respondió Dey'jaa inclinando levemente la cabeza en señal de deferencia.

- ¿Ve usted alguna posibilidad de un ataque frontal, saltándose la exhibición?

- Sabe tan bien como yo que eso sería el punto de no retorno para el Diktat.

Gen'yaa asintió - Llámeme paranoica si quiere, pero yo diría que a estas alturas Sate Pestage ha llamado ya al Diktat para ofrecerle todo su apoyo en el caso de que se vea trágicamente obligado a ir a la guerra contra los criminales rebeldes - No había trazo alguno de humor en la voz o en el gesto de la capitana. Gen'yaa miró fijamente a Dey'jaa e insistió. - ¿Alguna posibilidad, teniente?

Dey'jaa dejó el datapad sobre la mesa. - Sí y no. No creo que nos ataquen abiertamente, pero es un hecho que hay muchos pro-imperiales entre los oficiales de la flota coreliana. Si llegamos a encontrarnos con ellos frente a frente se producirán provocaciones de mayor o menor seriedad. Tarde o temprano, en cualquiera de los dos bandos, alguien puede ponerse nervioso y apretar un gatillo...

- Y un minuto más tarde Pestage e Isard estarán celebrando una fiesta histórica, allá en Coruscant.- Gen'yaa alzó la mirada hacia el techo y suspiró ruidosamente. Dey'jaa pensó que podría contar con los dedos de una mano las veces que había visto a su capitana revelar lo que sentía de forma tan evidente.

- También hay que tener en cuenta al Consejo Provisional - sugirió el oficial de inteligencia. - Quizá haya algo que ellos puedan hacer para impedir una crisis...

- Si alguna vez se ha visto a un diplomático capaz, sin duda se trata de Mon Mothma - concedió Gen'yaa encogiéndose de hombros. - Pero va a necesitar algo sólido para poder acallar las protestas de los corelianos, y de paso convencer al resto de la galaxia de la bondad de las intenciones de la Nueva República en todo este asunto de los balanios y los seibergios. Es responsabilidad nuestra el conseguirle ese algo.

- ¿En qué está pensando usted?

- Para empezar, en pruebas definitivas de que ese transporte de refugiados no estaba allí por casualidad. Quizá el piloto había recibido algún tipo de presión para mantenerse en formación junto a las naves seibergias, había aceptado un soborno, o algo por el estilo. También algo que pueda justificar el hecho de que nuestros pilotos abrieran fuego, aparte de la simple

suposición de que si cuatro naves llevaban minas, la quinta también. Ah, y si no es mucho pedir, simultáneos derrames cerebrales para Pestage, Isard y el Diktat de Corelia. - Una vez más, Dey'jaa no tuvo la impresión de que la capitana estuviese bromeando.

- ¿Y si no podemos encontrar nada de todo eso?

Gen'yaa se tomó su tiempo antes de contestar, pero cuando lo hizo Dey'jeaa se vio sorprendido por la repentina e inusitada dureza en la voz de la mujer. - En ese caso, Mon Mothma y los demás tendrán que conformarse con las cabezas de dos pilotos en una bandeja de plata.